

ANTE TODO LA SALVACION DE LAS ALMAS

por

San Antonio María Claret

**EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
C/. Recaredo, 44 - 41003 Sevilla**

CON LICENCIA ECLESIASTICA

ISBN: 84-7770-520-8

Depósito legal: M. 43.841-2000

Imprime: Impresos y Revistas, S. A.

I

**De los estímulos que me movían a misionar,
que fue el ejemplo de los Profetas, de Jesucristo,
Apóstoles, Santos Padres y otros Santos**

1 Además de este amor que siempre he tenido a los pobrecitos pecadores, me mueve también a trabajar para su salvación el ejemplo de los profetas, de Jesucristo, de los apóstoles, de los santos y santas, cuyas vidas e historias he leído con frecuencia, y los pasajes más interesantes los anotaba para mi utilidad y provecho y para más y más estimularme, y algunos de los fragmentos los referiré aquí.

2 *El profeta Isaías*, hijo de Amós, de la Real familia de David, profetizaba y predicaba. Su principal objeto era echar en cara a los habitantes de Jerusalén y demás hebreos sus infidelidades, anunciarles el castigo de Dios, que les vendría de los asirios y de los caldeos, como así sucedió. El impío rey Manasés, su cuñado, le quitó la vida haciéndole aserrar por medio del cuerpo.

3 *El profeta Jeremías* profetizó cuarenta y cinco años. Su principal objeto fue exhortar a su pueblo a la penitencia, anunciándole los castigos que le enviaría el Señor. Fue llevado a

Egipto, y en Taphnis, ciudad principal fue muerto, apedreado por los mismos judíos. La principal divisa de este gran Profeta es una tiernísima caridad para con sus prójimos; caridad llena de compasión por sus males, no solamente espirituales, sino también temporales; caridad que no le permitía ningún reposo. Y así es que en medio del tumulto de la guerra, en medio del desconcierto del reino, el cual se iba arruinando, y en el sitio de Jerusalén, durante la misma mortandad del pueblo, trabajó siempre con mucho ardor en la salud de sus conciudadanos, por cuya razón se le dio el hermoso nombre de Amante de sus hermanos y del pueblo de Israel.

4 *El Profeta Ezequiel* profetizó y predicó veinte años y tuvo la gloria de morir mártir de la justicia. Fue muerto, cerca de Babilonia, por el Príncipe de su pueblo, porque le reprendía por causa del culto que tributaba a los ídolos.

5 *El Profeta Daniel* fue enriquecido con increíbles dones, como uno de los grandes profetas. El no sólo predijo las cosas futuras, como hicieron los demás profetas, sino que además fijó el tiempo en que habían de suceder. Por envidia fue echado en el lago de los leones, y Dios le libró.

6 *El Profeta Elías* fue hombre de fervorosa y eficacísima oración, de grande y extraordinario celo. Y fue perseguido de muerte, aunque no murió, sino que un carro de fuego se lo llevó.

7 El Eclesiástico, hablando de los doce *Profetas* que se llaman *Menores*, no por otra razón sino porque son breves los escritos que nos dejaron, dice que restauraron a Jacob y se salvaron a sí mismos con la virtud de la fe

8 Quien más y más me ha movido siempre es el contemplar a Jesucristo cómo va de una población a otra, predicando en todas partes; no sólo en las poblaciones grandes, sino también en las aldeas; hasta a una sola mujer, como hizo a la Samaritana, aunque se hallaba cansado del camino, molestando de la sed, en una hora muy intempestiva tanto para él como para la mujer.

9 Desde un principio me encantó el estilo de Jesucristo en su predicación. ¡Qué semejanzas! ¡Qué parábolas! Yo me propuse imitarle con comparaciones, símiles y estilo sencillo. ¡Qué persecuciones!... Fue puesto por signo de contradicción, fue perseguido en su doctrina, en sus obras y en su persona, hasta quitarle la vida a fuerza de denuestos y de tor-

mentos e insultos, sufriendo la más bochornosa y dolorosa (muerte) que puede sufrirse sobre la tierra.

10 También me anima mucho el leer lo que hicieron y sufrieron los *Apóstoles*. El apóstol San Pedro, en el primer sermón, convirtió a tres mil hombres, y en el segundo cinco mil. ¡Con qué celo y fervor predicaría... ¿Qué diré de Santiago, de San Juan y de todos los demás? ¡Con qué solicitud! ¡Con qué celo de un reino a otro corrían! ¡Con qué celo predicaban, sin temores ni respetos humanos, considerando que antes se debe obedecer a Dios que a los hombres! Y así lo contestaron a los escribas y fariseos cuando les mandaban que no predicasen más. Si les azotaban, no por esto se amedrentaban y abstenían de predicar; al contrario, se tenían por felices y dichosos al ver que habían podido padecer algo por Jesucristo.

11 Pero quien me entusiasma es el celo del apóstol San Pablo. ¡Cómo corre de una a otra parte, llevando como vaso de elección la doctrina de Jesucristo! El predica, él escribe, él enseña en las sinagogas, en las cárceles y en todas partes; él trabaja y hace trabajar oportuna e importunamente; él sufre azotes, piedras,

persecuciones de toda especie, calumnias las más atroces. Pero él no se espanta; al contrario, se complace en las tribulaciones, y llega a decir que no quiere gloriarse sino en la cruz de Jesucristo.

12 También me anima la lectura de las vidas y de las obras de los *Santos Padres*: San Ignacio, mártir; San Justino, filósofo mártir; San Ireneo, San Clemente, presbítero de Alejandría; Tertuliano, Orígenes, San Cipriano, mártir; San Eusebio, San Atanasio, San Hilario, San Cirilo, San Efrén, San Basilio, San Gregorio Nacianceno, San Gregorio, obispo de Nisa; San Ambrosio, San Epifanio, San Jerónimo, San Paulino, San Juan Crisóstomo, San Agustín, San Cirilo de Alejandría, San Próspero, Teodoreto, San León el Grande, San Cesáreo, San Gregorio el Grande, San Juan Damasceno, San Anselmo, San Bernardo.

13 Leía con mucha frecuencia las vidas de los *Santos* que se han distinguido por su celo por la salvación de las almas, y he experimentado que me produce muy buenos efectos, porque me digo aquellas palabras de San Agustín: *Tu non eris si cut isti et istae? ¿Tú no serás, tú no trabajarás para la salvación de las almas como trabajaron éstos y éstas?* Las

vidas de los Santos que más me mueven son las siguientes: Santo Domingo, San Francisco de Asís, San Antonio de Padua, San Juan Nepomuceno, San Vicente Ferrer, San Bernardino de Sena, Santo Tomás de Villanueva, San Ignacio de Loyola, San Felipe Neri, San Francisco Javier, San Francisco, de Borja, San Camilo de Lelis, San Carlos Borromeo, San Francisco Regis, San Vicente de Paúl, San Francisco de Sales.

14 En las vidas y obras de estos Santos meditaba, en esta meditación se encendía en mí un fuego tan ardiente, que no me dejaba estar quieto. Tenía que andar y correr de una a otra parte, predicando continuamente. No puedo explicar lo que en mí sentía. No sentía fatiga, ni me arredraban las calumnias más atroces que me levantaban, ni temía las persecuciones más grandes. Todo me era dulce con tal que pudiese ganar almas para Jesucristo, para el cielo, y preservarlas del infierno.

15 Antes de concluir este capítulo quiero referir dos modelos de celo verdaderamente apostólico que me han movido mucho siempre. El uno es del Bto. José Diego de Cádiz y el otro es de S. Juan de Avila. Del primero se lee en su *Vida*: «El Siervo de Dios, movido del celo de

ganar almas a Jesucristo, se consagró por todo el tiempo de su vida en el ejercicio del ministerio apostólico, sin jamás descansar. Emprendía continuamente largos y fatigosos viajes, siempre caminando a pie, sin excusar las incomodidades de la estación en los tránsitos de un lugar a otro, todo para anunciar la divina palabra y conseguir el deseado fruto. Se cargaba de cilicios, se disciplinaba dos veces todos los días y observaba un riguroso ayuno. Su reposo por las noches después de las fatigas del día era ponerse a orar delante del Santísimo Sacramento, cuya devoción le era tan agradable, que le consagraba el más tierno y encendido amor.

16 *De la vida del Sto. Avila* -Su equipaje consistía en un jumentillo, que a él y a sus compañeros les aliviaba a ratos y conducía los manteos, las alforjas con una caja de hostias para celebrar la santa Misa en las ermitas, cilicios, rosarios, medallas, estampas, alambre y tenacillas o alicates para engarzar rosarios que labraba con sus manos. No llevaba cosa de comer, confiado en la divina Providencia raro era el día que comiese carne; lo más frecuente era pan y fruta.

17 Los sermones que hacía duraban, las más veces, dos horas, y era tanta la afluencia y

multitud de especies que se le proponían, que le era muy dificultoso ocupar menos tiempo. Predicaba con tanta claridad, que todos le entendían y nunca se cansaban de oírle... Ni de día ni de noche pensaba en otra cosa más que en extender la mayor gloria de Dios, reformation de costumbres y conversión de los pecadores.

Para componer sus sermones no revolvía muchos libros ni decía muchos conceptos, ni esos que decía los enriquecía mucho de Escritura, ejemplos ni otras galas. Con una razón que decía y un grito que daba, abrasaba los corazones de los oyentes.

18 En tiempo que predicaba en Granada el P. Avila predicaba también otro predicador, el más famoso de aquel tiempo, y, cuando salían del sermón de éste los oyentes, todos se hacían cruces de espantados de tantas y tan lindas cosas, tan linda y grandemente dichas y tan provechosas; más, cuando salían de oír al Santo Maestro Avila, iban todos con las cabezas bajas, callando, sin decirse una palabra unos a otros, encogidos y compungidos a pura fuerza de la verdad, de la virtud y de la excelencia del predicador.

19 El principal fin a que se dirigía su predicación era sacar las almas del infeliz es-

tado de la culpa, manifestando la fealdad del pecado, la indignación de Dios y el horrendo castigo que tiene preparado contra los pecadores impenitentes y el premio ofrecido a los verdaderamente contritos y arrepentidos, concediendo el Señor tanta eficacia a sus palabras, que dice el V. P. Fr. Luis de Granada: «Un día oíle yo encarecer en un sermón la maldad de los que, por un deleite bestial, no reparan en ofender a Dios Nuestro Señor, alegando para esto aquel lugar de Jeremías: *Obstupescite coeli super hoc*, y es verdad cierta que lo dijo esto con tan grande espanto y espíritu, que me pareció que hacía hasta temblar las paredes de la iglesia.»

20 ¡Oh Dios mío y Padre mío!, haced que os conozca y que os haga conocer; que os ame y os haga amar; os sirva y os haga servir; que os alabe o os haga alabar de todas las criaturas. Dadme, Padre mío, que todos los pecadores se conviertan, que todos los justos perseveren en gracia y todos consigamos la eterna gloria. Amén.

II

De los ejemplos y estímulos que tomaba de algunas Santas

21 Si los ejemplos de los Santos me movían tanto como he dicho en el capítulo anterior, me movía más aún el ejemplo de las Santas. ¡Oh qué impresión tan grande causaban en mi corazón! Yo me decía: si la mujer así siente, así desea y así hace por la salvación de las almas, ¿qué es lo que yo debo hacer, siendo como soy Sacerdote, aunque indigno? Era tanto lo que me afectaba la lectura de sus vidas, que a veces copiaba trozos de sus palabras y hechos, que aquí quiero recordar algunos.

22 *De la vida de Santa Catalina de Sena.* – Tenía singular devoción y amor a aquellos Santos que en esta vida, se emplearon y trabajaron más en la conversión de las almas, y como que Santo Domingo había instituido su Religión para solicitar los aumentos de la fe y la salvación de las almas, le tenía tanta veneración, que, cuando veía algunos Religiosos de su Orden, notaba el lugar donde Ponían los pies, y después, con toda humildad, besaba las huellas» (p. 9, Gisbert).

23 «La Magdalena, a los pies de Jesucristo, escogió la mejor parte; mas no lo mejor, dice San Agustín, porque lo mejor es juntar las dos partes, que son la vida activa y la vida contemplativa, y así lo hizo Santa Catalina de Sena» (p. 14).

«Miraba a todos los prójimos bañados con la sangre preciosa de Jesucristo. Al considerar los muchos en que se malograba el beneficio de la Redención, lloraba y se lamentaba con singular ternura. En especial cuando estaba extática, la oían rogar por la conversión de los infieles y repetir esta súplica: *¡Oh Dios eterno, vuelve los ojos de misericordia, como buen Pastor, a tantas ovejas perdidas, que, aunque apartadas del aprisco de tu Iglesia, son tuyas, pues las compraste con tu sangre!*» (p. 66).

24 «Un día, el Señor le hizo ver las felicidades del cielo, y le dijo: *Mira de cuántos bienes se privan para siempre los que quebrantan mi ley para hacer su gusto. Reconoce el atroz castigo con que mi justicia toma satisfacción de los pecadores que no me la dieron por la penitencia. Y repara la ceguera de los mortales, que aventuran con su vida sujeta a las pasiones un bien que encierra todos los bienes...* Mi Providencia ha puesto la salud de

muchas almas en tus manos. Yo te daré voces y sugeriré doctrina a quien no podrán resistir ni contradecir todos tus adversarios» (p. 75).

25 «El ejercicio de la predicación es el de mayor importancia que Jesucristo puso en su Iglesia. Esta es la espada con que armó a sus doce capitanes, los apóstoles. Este sagrado ministerio de predicar es de solos los Obispos, que, como pastores, han de apacentar sus ovejas, y éstos lo pueden subdelegar en sujetos que les ayuden a alimentarlas. Gregorio XI mandó predicar en presencia suya y de todo el Consistorio de Cardenales y otros Príncipes. Habló de las cosas celestiales con tal magisterio, que la oían inmóviles como estatuas, arrebatados de su admirable espíritu. Predicó delante de Su Santidad y Cardenales otras muchas veces, y siempre la oyeron con admiración y fruto, venerando en ella un nuevo apóstol poderoso en obras y en palabras. Predicaba también al pueblo, y como su corazón ardía en fuego de santo celo, arrojaba vivas llamas en las palabras que decía, y eran tantos los pecadores que se enternecían y mudaban de vida, que llevaba muchos confesores en su compañía, y algunos de ellos con autoridad pontificia para absolver de los casos reservados» (p. 174).

26 *De la vida de Santa Rosa de Lima* (Ribadeneira, p. 649). – «De quienes más se compadecía era de los que estaban en pecado mortal, porque conocía, con la luz que Dios le comunicaba, cuán miserable era su estado. Lloraba continuamente su miseria y rogaba a Dios que convirtiese a todos los pecadores, y aun decía que padecería ella sola todos los tormentos del infierno, como fuese sin culpa, por que ninguno se condenase. Por esto deseaba mucho que se predicase el Evangelio a los infieles y la penitencia a los pecadores. Ofrecióse a un confesor suyo ir a Misiones. Temía el viaje por los peligros que había en él. Consultólo con la Santa y ella le dijo: “Vaya, Padre mío, y no tema; vaya a convertir esos infieles, y mire que el mayor servicio que pueden los hombres hacer a Dios es convertirle las almas, y ésta es obra propia de los apóstoles. ¿Qué mayor dicha puede tener que bautizar aunque no sea más que a un indiazuelo y entrarle en el cielo por la puerta del bautismo?”.»

27 Persuadía a todos los frailes de Santo Domingo que se empleasen en este ministerio apostólico, diciéndoles *que no importaba menos esto al espíritu de su profesión que el estudio de la Sagrada Teología; antes la Teo-*

logía se ordenaba a esto, como a fin. Decía también: Que si le fuera permitido, se anduviera predicando la Fe de un reino a otro hasta convertir a todos los infieles, y saliera por las calles con un Cristo en la mano, vestida de cilicio, dando gritos, para despertar a los pecadores y moverlos a penitencia. Tenía determinado criar a un niño huérfano, darle estudios y ordenarle sacerdote, sólo para inclinarle a convertir infieles y dar a Cristo un predicador ya que ella no podía predicar.

28 Sentía mucho que los predicadores no buscasen el provecho de las almas en sus sermones; y así, predicando en Lima, con grande aplauso, un fraile de Santo Domingo, del convento del Rosario, con estilo algo florido, la santa virgen le dijo un día con grande modestia y eficacia: «Padre mío, mire que Dios le ha hecho su predicador para, que le convierta las almas; no gaste su talento ociosamente en flores, que es inútil trabajo; pues es pescador de hombres, eche la red de manera que caigan los hombres, no para coger el aplauso, que es un poco de aire y vanidad; y acuérdesese de la cuenta que le ha de pedir Dios de tan alto ministerio.»

Mas ya que no se le permitía predicar, procuraba, con una divina elocuencia que *Dios* le

había comunicado, aficionar a cuantos trataba al amor a las virtudes y aborrecimiento de los vicios.

III

De la misma materia

29 *De la vida de Santa Teresa.* — «No sólo fue a él, sino a otras algunas personas, las que procuré su oración; como las veía amigas de rezar, las decía cómo tendrían meditación y las aprovechaba y dábales libros». *Vida*, cap. VII, n. 7.

30 «¿Quién ve al Señor cubierto de llagas y afligido con persecuciones que no las abraza, y las ame, y las desee?. ¿Quién ve algo de gloria que da a los que le sirven que no conozca es todo nada cuanto se pueda hacer y padecer, pues tal premio esperamos? ¿Quién ve los tormentos que pasan los condenados que no se le hagan deleites los tormentos de acá en su comparación y conozcan lo mucho que deben al Señor en haberlos librado tantas veces de aquel lugar?» Cap. XXIV, n. 6.

31 «¡Qué gloria accidental será y qué contento de los bienaventurados que ya gozan

de esto cuando vieren que, aunque tarde, no les quedó cosa por hacer por Dios de las que les fue posible! Ni dejaron cosa por darle de todas las maneras que pudieron, conforme a sus fuerzas y estado, y el que más, más. ¡Qué rico se hallará el que todas las riquezas dejó por Cristo! ¡Qué honrado el que no quiso honra por El, sino que gustaba de verse abatido! ¡Qué sabio el que se holgó que le tuviesen por loco, pues lo llamaron a la misma Sabiduría! ¡Qué pocos hay ahora por nuestros pecados! Ya parece se acabaron los que las gentes tenían por locos de verlos hacer obras heroicas de verdaderos amadores de Cristo. ¡Oh mundo, mundo, cómo vas ganando honra por haber pocos que te conozcan!

32 ¿Mas si pensamos se sirve ya más Dios de que nos tenga por sabios y discretos? Eso, eso debe ser, según se usa discreción. Luego nos parece es poca edificación no andar con mucha compostura y autoridad, cada uno en su estado. Hasta el Fraile, Clérigo y Monja nos parecerá que traer cosa vieja y remendada es novedad y dar escándalo a los flacos; y aun estar muy recogidos y tener oración, según está el mundo y tan olvidadas las cosas de perfección de grandes ímpetus que

tenían los Santos, que pienso hace más daño a las desventuras que pasan en estos tiempos, que no harían escándalo a nadie dar a entender los Religiosos por obras como lo dicen, por palabras, en lo poco que se ha de tener el mundo, que de estos escándalos el Señor saca de ellos grandes provechos y si unos se escandalizan, otros se remuerden; siquiera que hubiese un dibujo de lo que pasó Cristo y sus Apóstoles, pues ahora más que nunca es menester.» Capítulo XXVII, n. 9.

33 «Estando un día, en oración, me hallé en un punto toda sin saber, cómo, que me parecía estar metida en el infierno. Entendí que quería el Señor que viese el lugar que los demonios allí me tenían aparejado y yo merecido por mis, pecados. Ello fue en brevísimo espacio; mas, aunque viviese muchos años, me parece imposible olvidarseme. Parecíame la entrada a manera de. un callejón muy largo y estrecho, a manera de horno muy bajo y oscuro y angosto; el suelo me parecía de un agua como lodo muy sucio y de pestilencial olor, y muchas sabandijas malas en él; al cabo estaba una concavidad metida en una pared a manera de una alacena, adonde me vi meter en mucho estrecho. Todo esto era deleitoso a la vista en

comparación de lo que allí sentí; esto que he dicho va mal encarecido.»

34 «Ese otro me parece que aun principio de encarecerse como es no le puede haber ni se puede entender; mas sentí un fuego en el alma que yo no puedo entender cómo poder decir de la manera que es, los dolores corporales tan incomfortables, que con haberlos pasado en esta vida gravísimos y (según dicen los médicos) los mayores que se pueden acá pasar; porque fue encogérseme todos los nervios cuando me tullí, sin otros muchos de muchas maneras que he tenido, y aun algunos, como he dicho, causados del demonio, no es esto nada en comparación de lo que allí sentí y ver que habían de ser sin fin y sin jamás cesar. Esto no es, pues, nada en comparación del agozar del alma: un apretamiento, un ahogamiento, una aflicción tan sensible y con tan desesperado y afligido descontento, que yo no sé cómo lo encarecer, porque decir que es un estarse siempre arrancando el alma es poco, porque ahí parece que otro os acaba la vida, mas aquí el alma misma es la que se despedaza. El caso es que yo no sé cómo encarezco aquel fuego interior y aquel desesperamiento sobre tan gravísimos tormentos y dolores. No

veía yo quién me los daba, mas sentíame quemar y desmenuzar (a lo que me parece), y digo que aquel fuego y desesperación interior es lo peor.

35 Estando en tal pestilencial lugar tan sin esperar consuelo, no hay sentarse, ni echarse, ni hay lugar, aunque me pusieron en este como agujero hecho en la pared, porque estas paredes, que son espantosas a la vista, aprietan ellas mismas y todo ahoga; no hay luz, sino tinieblas oscurísimas. Yo no entiendo cómo puede ser esto: que, con no haber luz, lo que a la vista ha de dar pena, todo se ve. No quiso el Señor entonces viese más de todo el infierno. Después he visto otra visión de cosas espantosas, de algunos vicios, el castigo; cuanto a la vista; muy más espantosas me parecieron; mas como no sentía la pena, no me hicieron tanto temor, que en esta visión quiso el Señor que verdaderamente yo sintiese aquellos tormentos, aflicción en el espíritu, como si el cuerpo lo estuviera padeciendo. Yo no sé cómo ello fue, mas bien entendí ser gran merced y que quiso el Señor que viese por vista de ojos de dónde me había librado su misericordia, porque no es nada oírlo decir, ni haber yo otras veces pensado en diferentes tormentos (aun-

que pocos, que por temor no se lleva bien mi alma), ni que los demonios atenazan, ni otros diferentes tormentos que he leído; no es nada con esta pena, porque es otra cosa; en fin, como de dibujo a la verdad, y el quemarse acá es muy poco en comparación de este fuego de allá.

36 Yo quedé tan espantada, y aun lo estoy ahora escribiéndolo, con que ha casi seis años, y es así que me parece el calor natural me falta de temor, aquí adonde estoy, y no me acuerdo ver que tengo trabajo ni dolores, que no me parezca nonada todo lo que acá se puede pasar, y así me parece en parte que nos quemamos sin propósito. Y así torno a decir que fue una de las mayores mercedes que el Señor me ha hecho, porque me ha aprovechado mucho, así para perder el miedo a las tribulaciones y contradicciones de esta vida como para esforzarme a padecerlas y dar gracias al Señor, que me libró, a, lo que ahora me parece, de males tan perpetuos y terribles.»

37 «Después acá, como digo, todo me parece fácil en comparación de un momento que se haya de sufrir lo que yo allí padecí. Espántame cómo, habiendo leído muchas veces libros adonde se da algo a entender de las

penas del infierno; cómo no las temía ni tenía en lo que son; a dónde estaba, cómo me podía dar cosa descanso de lo que me acarreaba ir a tan mal lugar. Seáis bendito; Dios mío, por siempre, y cómo se ha parecido que me queríades Vos mucho más a mí que yo me quiero. ¡Qué de veces, Señor, me librateis de cárcel tan temerosa y cómo me tornaba yo, a meter en ella contra vuestra voluntad!

38 De aquí también gané la grandísima pena que me da las muchas almas que se condenan (estos luteranos en especial, porque eran ya por el Bautismo miembros de la Iglesia) y los ímpetus grandes de aprovechar almas, que me parece cierto a mí pasaría yo muchas muertes muy de buena gana. Miro que, si vemos acá una persona que bien queremos en especial con un gran trabajo o dolor, parece que nuestro mismo natural nos convida a compasión, y si es grande, nos aprieta a nosotros; pues ver a una alma para sin fin en el sumo trabajo de los trabajos, ¿quién lo ha de poder sufrir?

No hay corazón que lo lleve sin gran pena. Pues acá, con saber que, en fin, se acabará con la vida y que ya tiene término aún nos mueve a tanta compasión, este otro que no lo tiene, no sé cómo podemos sosegar viendo

tantas almas como lleva cada día el demonio consigo.

39 Esto también me hace desear que en cosa que tanto importa no nos contentemos con menos de hacer todo lo que pudiéramos de nuestra parte, no dejemos nada, y plega al Señor sea servido de darnos gracia para ello. Cap. XXXIII, n.1.2.3.

40 Un día, el Señor le hizo ver muchas felicidades de la gloria del cielo, y le dijo: «Mira, hija, qué pierden los que son contra mí; no dejes de decírselo» Cap. XXXVIII, 3).

41 «Estando una vez en oración era tanto el deleite que en mí sentía, que, como indigna de tal bien, comencé, que a pensar en cómo merecía mejor estar en el lugar que yo había visto estar para mí en el infierno, que, como he dicho, nunca olvido de la manera que allí me vi. Comenzóse con esta consideración a inflamar más mi alma y vínome un arrebatamiento de espíritu, de suerte que yo no lo, sé decir. Parecióme estar, metida y llena de aquella Majestad que he entendido otras veces. En esta Majestad se me dio a entender una verdad que es cumplimiento de todas las verdades; no sé yo decir cómo, porque no vi nada. Dijéronme, sin ver quien, mas bien entendí ser

la Misma Verdad: — *No és poco esto que hago por ti, que una de las cosas es en que me debes, porque todo el daño que viene al mundo es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad: no faltará una tilde de ella.* — A mí me pareció que siempre yo había creído esto y que todos los fieles lo creían. Díjome: — *¡Ay, hija! Qué pocos me aman con verdad, que si me amasen, no les encubrería yo mis secretos. ¿Sabes qué es amarme con verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable a mí: con claridad verás esto que ahora no entiendes en lo que aprovecha tu alma.*» Cap. XL, 1.

42 «En este tiempo vinieron a mi noticia los daños de Francia y el estrago que habían hecho estos luteranos y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta. Diome gran fatiga, y como si yo pudiera algo, o fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Parecíame que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que allí se perdían. Y como me vi mujer y ruin, imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor (y toda mi ansia era, y aún es, que pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que éstos fuesen buenos),

determiné hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo, confiada en la gran bondad de Dios, que nunca falta de ayudar a quien por él se determina a dejarlo todo, y que, siendo tales cuales yo las pintaba en mis deseos, entre sus virtudes no tenían fuerza mis faltas y podría yo contentar en algo al Señor, y que todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia y Predicadores y Letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiésemos a este Señor mío, que tan apretado le traen a los que ha hecho tanto bien, que parece le querrían ahora tornar a la Cruz estos traidores y que no tuviese adónde reclinar la cabeza.

43 ¡Oh Redentor mío, que no puede mi corazón llegar aquí sin fatigarse mucho! ¿Qué es esto ahora de los cristianos? ¿Siempre han de ser los: que más os deben los que os, fatiguen? ¿A los que mejores obras hacéis, a los que escogéis por vuestros amigos, entre los que andáis y os comunicáis por los Sacramentos? ¿No están hartos de los tormentos que por ellos habéis pasado?

44 Por cierto, Señor mío, no hace nada quien ahora se separa del mundo.

Pues a Vos os tiene tan poca ley, ¿qué esperamos nosotros? ¿Por ventura merecemos nosotros mejor nos la tengan? ¿Por ventura hémosles hecho mejores obras para que nos guarden amistad? ¿Qué es esto? ¿Qué esperamos ya los que por la bondad de Dios no estamos en aquella roña pestilencial, que ya aquéllos son del demonio? Buen castigo han ganado por sus manos y bien han granjeado con sus deleites fuego eterno. Allá se las hayan, aunque no me deja de quebrar el corazón ver tantas almas como se pierden. Mas del mal no tanto, querría no ver perder más cada día.

45 ¡Oh hermanas mías en Cristo!, ayudadme a suplicar eso al Señor, que para eso os juntó aquí; éste es vuestro llamamiento, éstos han de ser vuestros negocios. Estos han de ser vuestros deseos; aquí vuestras lágrimas, éstas vuestras peticiones. (*Camino de perfección*, Cap. 1, n. 1.2.)

IV

De la misma materia

46 *De la Vida de Santa María Magdalena de Pazzis.* – «Difícil sería hallar un hombre apostólico que tuviese un celo más ardoroso por la salvación de las almas. Interesábase viva y muy tiernamente por su bien; le parecía que no amaba nada al Señor si todo el mundo no le amaba también. Oyendo los progresos que en su tiempo hacia la Fe en las Indias, decía que, si hubiese podido ir por todo el mundo a salvar almas sin perjuicio de su vocación, hubiera envidiado sus alas a los pajarillos del aire para volar por toda la tierra; ¡Oh quién me diera, decía, poder ir hasta las Indias y tomar aquellos niñitos indios é instruirlos en nuestra santa Fe para que Jesús fuese dueño de sus almas y ellas poseyesen a Jesús!

47 Y luego, hablando de: todos los infieles en general, decía: Si yo pudiese, a todos los cogería y los juntaría en el gremio de nuestra Santa Madre la Iglesia, y haría que ésta los purificase de todas sus infidelidades y los regenerase haciéndolos sus hijos, y que se los metiese en su amoroso Corazón y los alimentase con la leche de sus santos Sacramentos.

¡Oh cuán bien les nutriría y lactaría a sus pechos! ¡Oh si yo lo !pudiera hacer, con qué gusto lo haría!

48 Y considerando el daño que hacían a las almas tan dilatadas herejías: ¡Ah, decía, sería preciso que nuestras almas fuesen como tortolillas, siempre gemidoras, que continuamente lamentasen la ceguera de los herejes! Y, contemplando cuánto se había entibiado la fe de los católicos, exclamaba: Derrámala, Verbo, derrámala viva y ardiente en el corazón de tus fieles, recalentada y encendida en la hoguera de tu corazón y de la caridad infinita, para que la fe se conforme con sus obras y sus obras se conformen con la fe! Y otras veces, pidiendo la conversión de los pecadores, le decía al Señor con palabras como de fuego que no la oyese a ella, sino los gemidos de su sangre divina.»

49 «Este ardiente celo de la salvación de las almas quería transfundirlo en todos, y así decía continuamente a las monjas que le estaban confiadas que siempre pidiesen a Dios almas. Pidámosle tantas, repetía, cuantos pasos damos en el monasterio; pidámosle tantas cuantas palabras pronunciamos en el Oficio divino. Semejantes al ardor de sus afectos eran

sus obras en cuanto lo permitía su condición de monja, de modo que el autor de su vida ha podido llenar catorce capítulos con las pruebas y argumentos de su celo por la salvación de las almas: disciplinas, ayunos, vigili­as, prolongadas oraciones, exhortaciones, correcciones; nada, absolutamente nada omitía; se condenaba por meses enteros a la más rígida penitencia por cualquier pecador que se le recomendase.»

50 Sabemos que por las oraciones de Santa Teresa de Jesús y de Santa María Magdalena de Pazzis se salvaron muchas almas, y se salvan aún por las oraciones de las monjas buenas y fervorosas. Yo por esto he sido muy inclinado a dar ejercicios y a hacer pláticas espirituales a las Monjas (no a confesarlas, porque sé me llevaban demasiado tiempo), a fin de que me encomendasén Dios. A veces les decía que ellas habían de hacer como Moisés en el monte, y yo como Josué, en el campo del honor, ellas orando y yo peleando con la espada de la divina palabra; y así como Josué reportó la victoria por las oraciones de Moisés, así la espero yo por las oraciones de las Monjas y para más estimularlas las decía que despues nos partiremos el mérito.

De los medios de que me valía para hacer fruto

Primer medio. - La oración

51 Estimulado a trabajar por la mayor gloria de Dios y salvación de las almas, como he dicho hasta aquí, diré ahora de qué medios me valí para conseguir este fin, según el Señor me dio a conocer como más propios y adecuados.

El primer medio de que me he valido siempre y me valgo es la *oración*. Este es el medio máximo que he considerado se debía usar para obtener la conversión de los pecadores, la perseverancia de los justos y el alivio de las almas del Purgatorio. Y por esto en la meditación, en la Misa, rezo y demás devociones que practicaba y jaculatorias que hacía, siempre, pedía a Dios y a la Santísima Virgen María estas tres cosas.

52 No sólo oraba yo, sino además pedía a otros que orasen, como las Monjas, Hermanas de la Caridad, Terciarias y a todas gentes virtuosas y celosas. A éste fin les pedía que oyesen la santa Misa y que recibiesen la sagrada Comunión, que durante la Misa y des-

pués de haber comulgado que presentasen al Eterno Padre a su Santísimo Hijo y que en su nombre y por sus méritos le pidiesen estas tres gracias que he dicho, a saber: la conversión de los pecadores, la perseverancia de los justos y el alivio de las pobres ánimas del Purgatorio. También les decía que se valiesen de la estación del Santísimo Sacramento y de la estación del Vía-Crucis.

53 También les exhortaba que se encomendasen mucho a María Sma., que le rogasen y pidiesen lo mismo, que para esto se valiesen de la devoción del Smo. Rosario, que siempre predicaba y enseñaba el modo práctico de rezarlo, y yo mismo lo rezaba antes de empezar el sermón con toda la gente, ya para enseñarlo a rezar, ya también porque, rezando todos juntamente, alcanzáramos estas tres gracias que he dicho. Asimismo les enseñaba el modo de ser devotos de los dolores de María, y procuraba que cada día de la semana meditasen en un dolor, por manera que los siete dolores los meditasen en los siete días de la semana, uno cada día.

54 También rogaba y hacía que las gentes rogasen a los Santos del cielo para que intercedieran con Jesús y María y nos alcanza-

ran estas mismas gracias. Singularmente invocaba ya los Santos que durante su vida sobre la tierra habían manifestado más celo para la gloria de Dios y salvación de las almas.

55 Nunca jamás me olvidaba de invocar al glorioso San Miguel y a los ángeles custodios, singularmente de mi guarda, al del Reino, al de la provincia, al de la población en que predicaba y de cada una persona en particular.

56 He conocido visiblemente la protección de los santos Angeles custodios. Quiero poner aquí unas jaculatorias que rezo cada día y he aconsejado a otras personas que las hagan, y me han asegurado que les va muy bien con ellas.

¿Quién como Dios?

¿Quién como Jesucristo?

¿Quién como María Sma., Virgen y Madre de Dios?

¿Quién como los Angeles del cielo?

¿Quién como los Santos de la gloria?

¿Quién como, los Justos de la tierra?

¡Viva Jesús!

¡Viva María Sma.!

¡Viva la santa Ley de Dios!

¡Vivan los santos Consejos evangélicos!

¡Vivan los santos Sacramentos de la Iglesia!

¡Viva el santo Sacrificio de la Misa!

¡Viva el Santísimo Sacramento del Altar!

¡Viva el Santo Rosario de María!

¡Viva la gracia de Dios!

¡Vivan las virtudes cristianas!

¡Vivan las obras de misericordia!

¡Mueran los vicios, culpas y pecados!

57 Oración que rezaba al principio de cada misión. *¡Oh Virgen y Madre de Dios, Madre y abogada de los pobres e infelices pecadores! Bien sabéis que soy hijo y ministro vuestro, formado por Vos misma en la fragua de vuestra misericordia y amor. Yo soy cómo una saeta puesta en vuestra mano poderosa, arrojadme, Madre mía, con toda la fuerza de vuestro brazo contra el impío, sacrilegio y cruel Acab, casado con la vil Jezabel. Quiero decir: Arrojadme contra Satanás, príncipe de este mundo, quien tiene hecha alianza con la carne.*

58 *A vos, Madre mía, sea la victoria. Vos venceréis. Sí, Vos que tenéis poder para acabar con toda las herejías, errores y vicios. Y yo, confiado en vuestra poderosísima protección, emprendo la batalla, no sólo contra la*

carne y sangre, sino también contra los príncipes de las tinieblas, como dice el Apóstol, embrazando el escudo del Santísimo Rosario y armado con la espada de dos filos de la divina palabra.

59 *Vos sois Reina de los Angeles. Mandadles, Madre mía, que vengan a mi socorro. Bien sabéis Vos mi flaqueza y las fuerzas de mis enemigos.*

Vos sois Reina de los Santos. Mandadles que rueguen por mí y decidles que la victoria y el triunfo que se reportará será para la mayor gloria de Dios y salvación de sus hermanos.

Reprimid, Señora, por vuestra humildad, la soberbia de Lucifer y sus secuaces, que tienen la audacia de usurpar las almas redimidas con la Sangre de Jesús, Hijo de vuestras virginales entrañas.

60 *Además decía el siguiente exorcismo. Satanás con todos tus secuaces: como Ministro que soy, aunque indigno, de Jesucristo y de María Santísima, te mando que te marches de aquí y te vayas a tu lugar. Te lo mando en nombre del Padre, † que nos ha criado; en nombre del Hijo, † que nos ha redimido de tu tiranía, y en nombre del Espíritu Santo, † que nos ha consolado y santificado.. Amén.*

Te lo mando también en nombre de María Santísima, Virgen y Madre del Dios vivo, † que te ha machacado la cabeza.

Vete, Satanás; vete, soberbio y envidioso; nunca jamás impidas la conversión y salvación de las almas.

VI

De otros medios de que me valía

Segundo medio. - El Catecismo a los Niños

61 Siempre me acordaba de aquel proverbio que dice: «A Dios rogando y con el mazo dando». Así es que ponía tal cuidado y trabajaba con tal afán como si todo dependiera de mi industria, y al mismo tiempo ponía toda mi confianza en Dios, porque de El todo depende, y singularmente la conversión del pecador, que es obra de la gracia y la obra máxima de Dios.

62 El Catecismo de los Niños. – La primera cosa que procuraba era la instrucción de los Niños en la Doctrina cristiana, ya por [la] afición que siempre, he tenido a está clase de enseñanza, ya también porqué conocía que es

lo más principal, por ser el Catecismo el fundamento de este edificio de la instrucción religiosa y moral. Y además que los niños lo aprenden fácilmente se les queda más impreso, se les preserva mejor del error, del vicio y de la ignorancia, y se les forma en la virtud más fácilmente, por ser más dóciles que los adultos. En los niños sólo hay el trabajo de plantar, y en los adultos de arrancar y de plantar. Hay además otra ventaja, que con los niños se conquistan los grandes, y con los hijos a los padres, porque los hijos son pedazos del corazón de los padres. Y además, dándoles, en premio de su asistencia y aplicación, alguna estampita, los padres y los adultos las leen en casa por curiosidad, y no pocas veces se convierten, como lo sé por experiencia.

63 Una de las cosas que más me ha impelido a enseñar a los Niños ha sido el ejemplo de Jesucristo y de los Santos. Jesucristo dice: *Dejad que vengan a mí los niños y no se lo estorbéis, porque de los que se asemejan a ellos es el reino de los cielos* (Mc. X, 14). Y, *estrechándolos entre los brazos y poniendo sobre ellos sus manos, los bendecía*. Tan cierto es que un niño conservado en la inocencia por una buena educación es a los ojos de Dios

un tesoro más precioso que todos los reinos del mundo.

64 Los Apóstoles, adoctrinados por Jesucristo, catequizaban a chicos y a grandes, de modo que sus sermones eran unas declaraciones de los misterios de la fe.

Fueron catequistas San Dionisio, San Clemente Alejandrino, varón eruditísimo, maestro de Orígenes, el mismo Orígenes también fue catequista, San Juan Crisóstomo, San Agustín, San Gregorio Niseno, San Jerónimo, al propio tiempo que era consultado de todas partes como el oráculo del universo, no se desdeñaba de ser el catequista de los Niños, empleando en esta humilde ocupación el resto de sus días, que, tan útilmente había empleado al servicio de la Iglesia. *Enviadme vuestros hijos*, decía el Santo a una viuda; *yo balbucearé con ellos: tendré menos gloria delante de los hombres, pero seré más glorioso delante de Dios.*

65 San Gregorio el Magno sobrepujo en esto el celo de San Jerónimo, y Roma, la capital del mundo y el centro de la Religión, vio con asombro que aquel gran Papa, ya muy achacoso, dedicaba el tiempo que podía en la instrucción de la juventud. Después de haber

dado un manjar sólido a los fuertes, no se desdenaba de dar leche a los Niños.

66 El célebre canciller de París Juan Gersón se dedicaba continuamente a catequizar a los Niños. Algunos le criticaban por esto, y él les contestaba diciendo *que no podía ocuparse en cosa mayor que en apartar estas almas del dragón infernal y en regar estas tier-
nas plantas del huerto de la Iglesia.*

67 El Venerable S. Juan de Avila, apóstol de Andalucía, se dedicaba a la instrucción de los Niños. Sus discípulos hacían lo propio, y lo encargaba mucho a los maestros de escuela, y decía que, *ganada la tierna edad, se ganaba y recobraba toda la República; porque los pequeños pasan a ser grandes y por su mano se gobierna la República. La buena educación, decía, y enseñanza de la doctrina cris-
tiana es la fuente y raíz de todos los bienes y felicidades de una República, al paso que el educar mal a la juventud es envenenar las fuentes comunes.*

68 El Presbítero don Diego de Guzmán, hijo del conde de Bailén, discípulo de S. Juan de Avila, se ejercitó en la enseñanza de la Doctrina cristiana toda la vida de 83 años, discutiendo por España e Italia con admirable celo

y fruto, padeciendo grandes penalidades y trabajos, y para que durara después de muerto fundó en Sevilla una Congregación para enseñar la Doctrina cristiana a los Niños, como él lo había practicado.

69 También se aplicaron a la instrucción de la Doctrina a los Niños San Ignacio, San Francisco Javier, San Francisco de Borja, Laínez y Salmerón; enviados al concilio de Trento, se ocupaban en catequizar a los Niños por orden de San Ignacio.

San José de Calasanz. El Venerable César de Bus fundó una Congregación para enseñar la Doctrina cristiana. Los Hermanos de la Doctrina cristiana.

70 El P. Ignacio Martínez, orador elocuente y predicador del rey de Portugal, se dejó de predicar y se consagró enteramente a instruir a los Niños y continuó por el espacio de 17 años.

El P. Edmundo Augerio, predicador apostólico, llamado *Trompeta del Evangelio*, que en Francia había convertido 40.000 herejes, se aplicó de tal manera a la enseñanza del Catecismo, que, cuando murió, Dios quiso que fuese visto subir al cielo acompañado de un ejército de Angeles y Niños. A la pregunta que hace

el profeta Isaías: *Ubi est doctor parvulorum?* (33, 18), se puede responder: Aquí está.

71 En vista, pues, de estos y otros ejemplos que yo sé y aquí omito, me sentía poderosamente incitado en la misma inclinación que siempre he tenido de catequizar a los Niños y Niñas, y siempre he practicado, ya cuando era estudiante, ya cuando sacerdote, siendo teniente cura, después ecónomo, cuando misionero y aun después siendo arzobispo.

72 Por el amor que tenía a los Niños y por lo mismo que deseaba que se instruyeran en la Doctrina cristiana, he escrito cuatro catecismos: uno para los párvulos, desde que hablan hasta los siete años; otro para los rústicos, otro de más extenso y otro explicado, con estampas.

73 El método que he practicado y que la experiencia me ha enseñado ser el mejor lo he consignado en el segundo tomo de la obrita titulada, *El Colegial o Seminarista instruido*, Sección V, c.IV.

VII

Del Catecismo de los mayores

Tercer medio de que me valía para hacer fruto

74 El Catecismo a los mayores es el medio que he conocido hacía más fruto. Con él se les sacaba de la ignorancia, que es mayor de lo que se puede figurar aun entre aquellas personas que oyen sermones con frecuencia, porque los predicadores suponen el auditorio instruido, y cabalmente esta instrucción es la que falta por lo común entre los Católicos. Y además se les instruye en sus respectivas obligaciones y en el modo de cumplirlas.

75 Esta instrucción la hacía todos los días, menos el día primero, que era de otro asunto, en el exordio del sermón, antes del Ave María; como iba solo, yo lo había de hacer todo. Este exordio duraba veinte minutos, y la materia era siempre de los Mandamientos de la Ley de Dios, que explicaba más larga o brevemente, según los días que duraba la función o misión. Al efecto, llevaba en mi vademécum los mandamientos explicados, y además unas hojas sueltas en cada mandamiento con especies análogas a aquel mandamiento, que usa-

ba de ellas según eran los días que había de predicar en aquella población, y también según las costumbres o vicios que había de reprehender y virtudes que había de plantar o fomentar, que para el acierto me enteraba antes, y por lo que me decían y por lo que yo mismo conocía, iba aplicando los remedios.

76 No obstante estos conocimientos, no abordaba desde luego aquellos vicios predominantes; al contrario, los aguardaba por más allá. Esperaba estar bien dueño del auditorio, y entonces, aunque les dijera sus vicios, sus idolillos, no se ofendían, antes bien se arrepentían. Porque había observado que al principio venían muchos movidos por la novedad y prevenidos para ver de qué hablaba, y, si oían reprender sus queridos vicios, era tocarles al vivo la matadura, e, irritados, se alborotaban, no volvían más, y estaban echando pestes contra el misionero, la misión y los que iban a oírla.

77 Así decía que en estos calamitosos tiempos el Misionero se había de portar como el que cuece caracoles, que les pone a cocer en la olla con agua fresca, que con la frescura del agua se extiende fuera de la cáscara, y como el agua se va calentando imperceptiblemente hasta hervir, quedan así muertos y cocidos;

pero si algún imprudente los echara en la olla hirviendo el agua, se meterían tan dentro de la cáscara, que nadie les podría sacar. Así, pues, me portaba con los pecadores de toda clase de vicios y errores, blasfemias e impiedades. En los primeros días presentaba la virtud y la verdad con los colores más vivos y halagüeños, sin decir una palabra contra los vicios y viciosos. De aquí es que, al ver que eran tratados con toda indulgencia y benignidad, venían una y más veces, y después se les hablaba con más claridad, y todos lo tomaban a bien y se convertían y se confesaban. Hallé muchísimos que habían ido a la misión sólo por curiosidad, otros por malicia, para ver si me podían coger en alguna expresión, y se convertían y confesaban bien.

78 Como empecé las misiones el año 1840, en que nos hallábamos en guerra civil entre Realistas y Constitucionales, andaba con sumo cuidado en no decir alguna palabra de política a favor o en contra de alguno de los dos partidos, y como yo predicaba en poblaciones de todos los partidos, debía andar con sumo cuidado, pues, como he dicho, algunos venían a oírme para cogerme alguna expresión, como se dice de Jesús, nuestro divino Reden-

tor: *Ut caperent in sermonee*; pero gracias a Dios, nunca me pudieron coger.

79 En aquellos tiempos tan calamitosos, no sólo tenía que proceder con esa cautela, sino que además no se podía dar a la función nombre de misión, sino de Novena de ánimas, de la Virgen del Rosario, del Smo. Sacramento, de tal Santo, para no alarmar a los constitucionales, que tenían la autoridad y gobernaban en aquellas ciudades y pueblos en que predicaba. Y si la población era grande y no había bastante con nueve días, se alargaba la función hasta los días suficientes; por lo que era preciso el primer día tratar del asunto principal de la función; el segundo día ya ponía punto doctrinal, así los demás días; el tercer día hacía una breve recopilación de la doctrina que había tratado el día antes, diciendo, por ejemplo:

80 Ayer os expliqué esto y esto..., resumiendo así los puntos principales por tres razones: 1.^a Porque así, oyendo otra vez lo mismo, aunque brevemente, se les imprimía mejor, pues, como dice San Ligorio, los rústicos tienen la cabeza como de madera dura, y para que se les impriman bien las cosas es menester dar muchos golpes de repetición. 2.^a Porque si algunos no estaban el día antes por ha-

berse quedado a guardar las casas, criaturas, etc., etc., lo oían y sabían de qué se había hablado, y así entendían mejor la doctrina del día que estaba en seguida del día anterior, y además, si los que el día antes habían contado mal lo que habían oído al llegar a casa, así lo podían rectificar, pues que no pocos entienden las cosas muy mal y las refieren peor, y en cosas de doctrina conviene mucho que lo entiendan con exactitud. 3.^a Porque así sirve este resumen de exordio para la materia del día y es más fácil al predicador y más provechoso al auditorio, que no buscar una idea general y propia para el exordio.

VIII

De los sermones

Cuarto medio

81. Los Puntos doctrinales sirven para instruir y los sermones para mover. Estos sermones se han de escoger según el auditorio. Hay unos que San Ligorio llama necesarios, como son los Novísimos, y otros arbitrarios.

82 Yo regularmente los distribuía así:

El 1.º era de Animas, de María Santísima, etc., según el objeto de la función.

2.º La importancia de la Salvación.

3.º La gravedad del pecado mortal.

4.º La Necesidad de la Confesión y el modo de hacer la confesión general.

5.º La Muerte.

6.º Juicio.

7.º Infierno.

8.º Eternidad.

9.º Gloria.

10.º Perseverancia.

83 Si la función se alargaba, añadía o intercalaba algunos otros; v.gr.: el Hijo pródigo o Misericordia de Dios, la impenitencia final, el Juicio universal, la muerte del Justo, la conversión de San Agustín, el Escándalo, la conversión de la Magdalena, los daños que el pecado causa al mismo pecador, el pecado venial, la ocasión próxima, la devoción del Rosario, la oración mental, la limosna, la Pasión de N. S. Jesucristo, los Dolores de María Sma., etc., etc.

84 El estilo que me propuse desde el principio fue el del santo Evangelio: *sencillez y claridad*. Para esto me valía de comparaciones, semejanzas, ejemplos históricos y verda-

deros; los más eran tomados de la santa Escritura. Había observado que una de las cosas que más llamaba la atención de todos, sabios e ignorantes, creyentes o incrédulos, eran las comparaciones de cosas naturales.

85 Me acuerdo que el año 1841 predicaba un Septiembre de Dolores de la Santísima Virgen en una población de gente muy mala, y en medio del sermón dije una verdad muy trascendental, que probé con una autoridad de la santa Escritura. El auditorio guardaba un silencio sepulcral, y de aquel silencio salió una voz que dijo un hombre impío: *Quina garrofa que hi clavas!* (1). Yo, como si tal cosa no hubiera oído, dije: *Para que se vea más clara esta importantísima verdad, me valdré de una comparación.* La expliqué, y aquel mismo dijo en alta voz: *Tens rahó* (2), y al día siguiente vino a confesarse e hizo una buena confesión general.

86 Este y muchísimos otros casos que podría referir me confirmaron en la utilidad de las comparaciones naturales. Y en este particular, Dios N. S. me ha favorecido de tal ma-

(1) Expresión catalana que equivale a “¡Vaya bola que nos metes!”.

(2) “Tienes razón”.

nera, que no trato materia alguna que no me ocurra una comparación natural y sin premeditar nada, y, no obstante, tan oportunas siempre como si de mucho tiempo antes las trajera estudiadas. ¡Bendito seáis, Dios mío, que me habéis enriquecido con ese don, que es vuestro y no mío, pues conozco que de mí ni una palabra puedo decir, ni un pensamiento bueno puedo tener! Todo sea para vuestra gloria.

87 He tenido mucho afán en leer autores predicables, singularmente de materias de Misiones. He leído San Juan Crisóstomo, San Ligorio, Siniscalqui, Barcia y San Juan de Avila. De éste he leído y he notado que predicaba con tanta claridad, que lo entendían todos y nunca se cansaban de oírle, siendo así que sus sermones duraban a veces dos horas. Y era tanta la afluencia y multitud de especies que le ocurrían, que le era muy dificultoso ocupar menos tiempo.

88 Ni de día ni de noche pensaba en otra cosa más que en extender la gloria de Dios con la reformación de las costumbres y conversión de los pecadores. Su principal fin a que dirigía su predicación era sacar las almas del infeliz estado de la culpa, manifestando la fealdad del pecado, la indignación de Dios y el horrendo

castigo que tenía preparado contra los pecadores impenitentes, y el premio ofrecido a los verdaderos contritos y arrepentidos, concediéndole el Señor tanta eficacia a sus palabras, que dice el Venerable Luis de Granada: «Un día oíle yo encarecer en un sermón la maldad de los que por un deleite bestial no reparan en ofender a Dios N. S., alegando para esto aquel lugar de Jeremías: *Obstupescite, coeli, super hoc*, y es verdad cierta que lo dijo esto con tan grande espanto y espíritu, que me parecía que hacía temblar las paredes de la Iglesia».

89 El tiempo en que predicaba en Granada el Sto. Avila, predicaba también otro predicador, el más famoso de aquel tiempo, y cuando salían las gentes del sermón de éste, todos iban haciéndose cruces de espanto de tantas ly tan lindas cosas dichas con tanta elocuencia. Mas cuando salían de oír al Sto. Avila iban todos con las cabezas bajas, callando, sin decirse una palabra unos a otros, encogidos y compungidos a pura fuerza de la verdad y de la virtud y excelencia del Predicador. Con una razón que decía y un grito que daba, conmovía y abrasaba los corazones y entrañas de los oyentes.

90 He querido traer aquí lo que decía ese Sto. Padre porque su estilo es el que más

se me ha adaptado y el que he conocido que más felices resultados daba. ¡Gloria sea a Dios N. Sr., que me ha hecho conocer los escritos y obras de ese grande Maestro de predicadores y padre de buenos y celosísimos sacerdotes!

91 Cuando iba a una población, no sólo predicaba cada día los sermones de la función, sino que además predicaba un sermón a los Sacerdotes aparte (a no ser que hiciesen ejercicios, que entonces les predicaba mañana y tarde cada día). También predicaba en todos los conventos de Monjas, a las Hermanas de la Caridad, a las Terciarias, a los Señores de las Conferencias de San Vicente de Paúl, a las Señoras, a los presos, a los Niños y Niñas, a los enfermos. En una palabra, nunca dejaba ningún establecimiento de Piedad o Beneficiencia que no visitase y predicase. Y todo el demás tiempo lo empleaba en el confesonario, en que estaba mañana y tarde oyendo confesiones generales.

92 ¡Bendito seáis, Dios mío, por haberme dado salud y robustez y demás para sostener tan grande y continuo trabajo! Conozco muy bien que sin un auxilió especial del cielo era imposible soportar tan ímprobo y prolongado trabajo desde el año de 1840 al año 1847,

que fui a las Islas Canarias en compañía del Ilmo. S. Obispo D. Buenaventura Codina, hombre muy virtuoso y celoso.

Además de las Misiones daba ejercicios al Clero, a las Monjas, a los Estudiantes, a los seglares, a los Niños y Niñas de primera Comunión.

IX

De los Ejercicios de San Ignacio

Quinto medio

93 Ya he dicho en otro lugar que desde que era estudiante hice cada año los ejercicios espirituales. En Roma, por primera vez, hice los ejercicios espirituales por los escritos de San Ignacio, una vez solo, al llegar a aquella ciudad, y otra vez en la Compañía, antes de salir por enfermo. Los mismos Padres me los dieron; son los que más impresión me hicieron.

94 Cuando tuve que salir por enfermo, me dieron un ejemplar de dichos Ejercicios de San Ignacio, explicados por el Padre Diertins, y con ellos después yo los daba siempre. El

venerable Clero de Vich me pidió el libro para hacerlo reimprimir, y lo hizo el impresor Trullas.

95 Los Ejercicios de San Ignacio son un medio muy poderoso de que me he valido para la conversión de los Sacerdotes, que es por cierto la empresa más difícil; sin embargo, siempre he visto felicísimos resultados de muchísimos Sacerdotes que se han convertido de veras, y no pocos han salido muy celosos y fervorosos predicadores. Los he dado al Venerable Clero de Vich, Barcelona, Tarragona, Gerona, Solsona, Canarias, Mataró, Manresa, Poblá-Bagá, Ripoll, Campdevánol, San Llorens deis Piteus, etc., etc.

96 A los seglares también he dado varias veces, separados los hombres de las mujeres, y en distintas tandas, y he observado que producen un fruto más sólido y duradero que las misiones. Al efecto, di a luz un libro con el título de *Ejercicios de San Ignacio*, explicados por mí, que han gustado mucho y han producido y están produciendo maravillosos efectos, por manera que, haciéndolos bien, los pecadores se convierten y los justos se conservan en gracia y se perfeccionan en ella. Sea todo a mayor gloria de Dios. Debo advertir que

por este libro S.M. la Reina cada año hace los ejercicios y aconseja a las camaristas que los hagan también por dicho libro.

X

De los libros y hojas sueltas

Sexto medio

97 Uno de los medios que la experiencia me ha enseñado ser más poderoso para el bien es la imprenta, así como es el arma más poderosa para el mal cuando se abusa de ella. Por medio de la imprenta se dan a luz tantos libros buenos y hojas sueltas, que es para alabar a Dios. No todos quieren o no pueden oír la divina palabra, pero todos pueden leer u oír leer un buen libro. No todos pueden ir a la Iglesia para oír la divina palabra, pero el libro irá a su casa. El predicador no siempre podrá estar predicando, pero el libro siempre está diciendo lo mismo, nunca se cansa, siempre está dispuesto a repetir lo mismo; que en él lean poco o mucho, que lean y lo dejen una y mil veces, no se ofende por esto; siempre lo encuentran lo mismo, siempre se acomoda a la voluntad del lector.

98 Siempre la lectura de libros buenos se ha considerado como una cosa de grande utilidad; pero en el día se considera de suma necesidad. Digo que en el día es una necesidad, porque hay un delirio para leer, y si la gente no tiene libros buenos, leerá malos. Son los libros la comida del alma, y a la manera que si al cuerpo hambriento le dan comida sana y provechosa le nutrirá y si la comida es ponzoñosa le perjudicará, así es la lectura, la que, si es de libros, buenos, y oportunos a la persona y a las circunstancias propias, le nutrirá y aprovechará mucho, pero si es de libros malos, periódicos impíos y folletos heréticos y demás escritos perniciosos, corromperán las creencias y pervertirán las costumbres. Empezando por extraviar el entendimiento, luego a corromper el corazón, y del corazón corrompido salen todos los males, como dice Jesucristo; hasta llegan a negar la primera verdad, que es Dios y origen de todo lo verdadero: *Dixit insipiens in corde suo: non est Deus.*

99 En el día, pues, hay una doble necesidad de hacer circular libros buenos; pero estos libros han de ser pequeños, porque la gente anda aprisa y la llaman por todas partes y de mil maneras, y como la *concupiscentia*

oculorum et aurium ha crecido hasta lo súmmum, todo lo quiere ver y oír, y además ha de viajar; así es que, si es un libro voluminoso, no será leído, únicamente servirá para cargar los estantes de las librerías y bibliotecas. De aquí, es que, convencido de esta importantísima verdad, he dado a luz, ayudado de la gracia de Dios, tantos libritos y hojas sueltas.

100 El primer librito que di a luz fue el que contiene unos consejos o avisos espirituales que había escrito para las Monjas de Vich, a quienes acababa de dar ejercicios espirituales y para que recordaran mejor lo que les había predicado pensé dejarles por escrito dichos documentos. Antes de entregárselo para que lo copiara cada una de ellas, lo enseñé a mi querido amigo el Dr. D. Jaime Passarell, Canónigo penitenciario de aquella catedral, y él me dijo que los hiciera imprimir, y así evitaría a las monjas este trabajo de copiarlo y utilizaría a ellas y a otras más. Y yo, condescendiendo a un Señor que tanto respetaba y amaba por su saber y virtud, condescendí y se imprimió. Así tuvo principio el primer libro que di á luz.

101 Viendo el buen resultado que daba el primer libro, determiné escribir el segundo,

que fue el de *Avisos a las Doncellas*. Después escribí el de los *Padres de familia*, el de los *Niños*, el de los *Jóvenes* y los demás, como se puede ver en el Catálogo.

102 Como iba misionado, tocaba las necesidades, y según lo que veía y oía escribía el librito o la hoja suelta. Si en la población observaba que había la costumbre de cantar cánticos deshonestos, daba luego a luz una hoja suelta de un cántico espiritual o moral. Por esto, las primeras hojas que di a luz casi todas eran de cánticos.

103 También desde un principio di a luz una hoja que contenía unas recetas para curar la blasfemia, que en aquellos días en que empecé a predicar era cosa horrorosa la multitud y gravedad de blasfemias que se oían por todas partes, parecía que todos los demonios del infierno se habían diseminado por la tierra a fin de hacer blasfemar a los hombres

104 Igualmente, la impureza había traspasado sus diques, y por esto me resolví a escribir estas dos recetas, y como para todos los males es remedio muy poderoso la devoción a María Sma., escribí al principio de dicha hoja aquella oración que empieza: *¡Oh Virgen y Madre de Dios!*, etc., que se halla en casi to-

dos los libros y hojas. Estas dos palabras, Virgen y Madre, las puse porque me acordaba al escribirlas que, cuando era estudiante, en un verano leí la vida de San Felipe Neri escrita por el P. Conciencia, en dos tomos en 4.º, que decía que el Santo gustaba mucho de que se juntasen siempre estas dos palabras, Virgen y Madre de Dios, y que con ellas se honra mucho y se obliga a María Santísima. Las demás palabras son una consagración que se hace a la Señora.

105 Tocando por mí mismo los felices resultados que esta hoja estaba produciendo, me resolví a escribir otras según las necesidades que observaba en la sociedad, y daba dichas hojas con toda profusión no sólo a los grandes, sino también á Niños y Niñas que se me acercaban para besarme la mano y me pedían una estampa, como acostumbran, y yo procuraba llevar siempre bien provistos los bolsillos. Sólo quiero consignar aquí un caso para la mayor gloria de Dios de los muchos que pudiera referir, y es el siguiente:

106 Una tarde pasaba por la calle de una de las ciudades mas grandes de España. Se me acerco un Niño a besarme la mano, y me pidió una estampa y se la di. Al día siguiente fui muy

temprano a celebrar la Misa en la Iglesia que acostumbraba a ponerme luego en el confesionario, porque siempre tenía mucha gente que me esperaba. Al concluir la misa me hiqué en el presbiterio para dar gracias. Al cabo de un rato se me acercó un hombre alto, gordo, con largos bigotes y poblada barba, con la capa que tenía tan ajustada en las manos, que no se le veía más que la nariz y la frente; los ojos tenía cerrados y lo demás de la cara estaba cubierto del pelo de las patillas, bigotes y barba, y además con el cuello de la capa, que también era peludo y alto; y con una voz trémula y ronca me dice si le haré el favor de oírle en confesión. Le contesté que sí, que entrase en la sacristía, que luego iba en acabando de dar gracias. Si bien en el confesonario ya había otros hombres y mujeres que esperaban para lo mismo, pero creí que a éste le debía oír separadamente de los demás, porque su aspecto me reveló que así convenía, y en efecto fue así. Entré en la sacristía, en que no había nadie sino aquel Señor, y aun le conduje a un lugar más retirado.

107 Yo me senté, él se hincó y empieza a llorar tan sin consuelo, que no sabía qué más decirle para acallarle. Le hice varias pre-

guntas para saber la causa, y finalmente, entre lágrimas, suspiros y sollozos, me contestó: *Padre, V. ayer tarde pasó por mi calle, y, al pasar frente a la puerta de la casa en que yo estoy, salió un Niño a besarle la mano, le pidió una estampa y V. se la dio. El Niño vino muy contento, y, después de haberla tenido un rato, la dejó encima de la mesa y se fue a la calle con otros niños a jugar. Yo quedé solo en casa, y, picaodo de la curiosidad y para pasar el tiempo, cogí la estampa y, la leí; pero ¡ay Padre mío!, yo no puedo explicar lo que sentí en aquél momento; cada palabra era para mí un dardo que sé clavaba en mí corazón; resolví confesarme y pensé: ya que Dios se ha valido de él para hcerte entrar en verdadero conocimiento, con él irás a confesarte. Toda la noche la he pasado llorando y examinando mi conciencia, y ahora me tiene aquí para confesarme. Padre, soy un grande pecador, tengo cincuenta años, y desde niño que no me he confesado y he sido comandante de gente muy mala. Padre, ¿habrá perdón para mí? – Sí, señor, sí; ánimo, confianza en la bondad y misericordia de Dios El buen Dios le ha llamado para salvarle, y V. ha hecho muy bien en no endurecer su corazón y en poner*

luego por obra la resolución de hacer una buena confesión. — Se confesó, le absolví y quedó muy contento y tan alegre, que no acertaba a expresarse.

108 Pues bien; aunque las hojas sueltas y estampas no hubiesen producido otra conversión que ésta, ya me tendría por bien empleado y satisfecho el trabajo y cuanto, se ha gastado en impresiones; pero no ha sido este solo caso [el] de los que se han convertido por la lectura de las estampas que he dado a luz.

109 En Villafranca del Penedés se convirtieron cuatro reos que estaban en capilla tres días había y no se habían querido confesar, y con la lectura de la estampa que di a cada uno entraron en reflexión y se confesaron, recibieron el Santísimo Viático y tuvieron una edificante muerte. Son muchos y muchísimos los que se han convertido por la lectura de una estampa. ¡Oh Dios mío! ¡Qué bueno sois! De todo sacáis partido para derramar, vuestras misericordias sobre los pobres pecadores. Bendito seáis para siempre. Amén.

XI

De la continuación de la misma materia (libros y hojas sueltas) y de las conversaciones familiares. De las medallas, Rosarios y escapularios

Séptimo medio

110 Gracias sean dadas a Dios, todos los libritos han producido felices resultados, pero de quienes he hallado más almas convertidas han sido *El Camino recto* y *El catecismo explicado*. De la lectura de estos dos libros encuentro muchísimas conversiones y aun en esta corte no pasa día que no se me presenten almas determinadas a mudar de vida por haber leído ese libro. Todos lo buscan y no reposan hasta haberse hecho con él; todos sin distinción de clases lo desean tener, y este deseo general me ha obligado a hacer una impresión de lujo para la gente de categoría superior, y se lo han procurado la Reina, el Rey, la Infanta, Damas de Palacio, Gentiles hombres y toda la nobleza. Se puede decir que en la clase alta no hay casa alguna o palacio en que no se halle, uno o más ejemplares de *El Camino recto* de lujo, y en las demás clases de los otros más sencillo.

111 Cómo yo he escrito tantos y tan diversos libros, yo no lo sé. Vos lo sabéis, Dios mío; digo mal, sí lo sé. No soy yo quien ha escrito; sois Vos, sí. Vos sois, Dios mío, que os habéis valido de este miserable instrumento para esto, pues no tenía saber, ni talento, ni tiempo para esto; pero Vos, sin yo entenderlo, me lo proporcionabais todo. ¡Bendito seáis, Dios mío!

112 El fin que me proponía era la mayor gloria de Dios, la conversión de los pecadores y la salvación de las almas. Por esto escribí en forma de Avisos para todos los estados de la sociedad; pero los dos que más me llevaron tras sí el corazón fueron los Niños y Niñas. Por esto di a luz cuatro catecismos, como ya he dicho, y además he escrito para ellos libritos y hojas sueltas.

113 La otra clase que más me llamaba la atención era la clerical. ¡Oh si todos los que siguen la carrera eclesiástica fueran hombres de verdadera vocación, de virtud y de aplicación al estudio! ¡Oh qué buenos sacerdotes serían todos! ¡Qué de almas se convertirían! Por esto he dado a luz aquella obrita en dos tomos que se llama *El Colegial o el Seminarista instruido*, obra que ha gustado a cuantos la han leído. Todo sea a su mayor honor y gloria.

114 Y como somos criados para conocer, amar, servir y alabar a Dios, he pensado que para llenar un clérigo todos sus deberes necesitaba saber de *canto eclesiástico*, y al efecto he escrito y dado a luz un cuaderno en que con la mayor brevedad y facilidad se enseña el modo de cantar y alabar a Dios.

115 En todos los libros que se han publicado no se ha buscado el interés, sino la mayor gloria de Dios y el bien de las almas. Nunca he cobrado un maravedí como propiedad de lo que he mandado imprimir, al contrario, he dado gratuitamente millares de millares de ejemplares, y aun en el día estoy dando, y, Dios mediante, daré hasta la muerte, si puedo, pues que he considerado que era ésta la mejor limosna que en el día puede hacerse.

116 A fin de poder dar y vender a la mayor baratura posible, pensé poner una *Imprenta Religiosa* bajo la protección de María Santísima de Montserrat, como patrona que es de Cataluña, y del glorioso San Miguel. Comuniqué este pensamiento al Señor Caixal y al Señor Palau, entonces Canónigos de Tarragona y en el día obispos, el uno de la Seo de Urgel y el otro de Barcelona, que en el día aún cuidan de ella bajo la dirección inmediata de un Administrador.

117 Lo que ha hecho y está haciendo la *Librería Religiosa*, no hay más que visitar el establecimiento o imprenta y además leer el Catálogo de lo que ha impreso; y aun ni así se pueden bien conocer, porque aquellas obras que es allí consignadas llevan algunas de ellas muchas reimpressiones. Hay alguna que llega a la impresión, y las tiradas son de muchos miles cada una.

118 Por medio de la *Librería Religiosa* los eclesiásticos y seglares se han provisto y se están proveyendo de libros buenos, los mejores que se sabe, y al más ínfimo precio, por manera que en ninguna imprenta de España se dan los libros con la baratura que los da la *Librería Religiosa*, ni tan correctos, ni en tan buenos tipos y papel, atendida la baratura. ¡Oh cuántas gracias debería dar a Dios por haberme inspirado tan grandioso y provechoso pensamiento!

119 Ahora que trato de libros, también diré el refuerzo que le ha venido a la *Librería Religiosa* con la *Academia San Miguel*, aprobada por el Sumo Pontífice Beato Pío IX y por el Gobierno de S. M. con Real Cédula, siendo SS. MM. los primeros de los Coros. Tiene una Junta directiva en Madrid, que se reúne todos

los Domingos; se ocupa de cumplir lo dispuesto por el Reglamento. Tiene muchísimos coros en Madrid y en las poblaciones principales de España y es incalculable el bien que se hace.

120 Siempre los libros buenos y hojas sueltas producen su buen efecto, pero lo producen muy copioso cuando se dan en las misiones. Entonces ayudan a la predicación y confirman lo que han oído de viva voz y hacen que el fruto sea más perseverante. Yo por esto en las misiones y predicaciones los doy con grande abundancia.

121 Otro de los medios que hace mucho bien es el tener conversaciones familiares. ¡Oh qué bien tan grande producen! Entre los primeros Padres de la Compañía había un hermano lego que iba a la compra todos los días, y era tan feliz en las conversaciones con las gentes que había de tratar, que había convertido más almas que ningún misionero. Esto lo había leído yo cuando era aún estudiante, y me gustó tanto, que siempre que podía lo ponía por obra, según las circunstancias que se presentaban.

122 Si se hablaba de la muerte o se oían tocar las campanas, se me ofrecía oportunidad de hablar de la fragilidad e inconstancia de

nuestro ser, cómo hemos de morir la cuenta que hemos de rendir a Dios. Si había alguna tempestad de rayos y truenos, me hacía pensar en el juicio y hablar de aquel día grande. Si se estaba al lado del fuego, hablaba del fuego del infierno. Una vez hablaba con un Cura párroco al lado del fuego en su cocina, y de la conversación que tuve con él como por pasatiempo se movió tanto, que al día siguiente hizo conmigo una confesión general de cosas que nunca se había atrevido a confesar, y con aquella conversación se conmovió y se arrepintió muy de veras.

123 Cuando iba de viaje, con las gentes que se juntaban conmigo hablaba según la oportunidad que se presentaba. Si veía flores, les llamaba la atención y les decía que así como las plantas producían flores tan hermosas y olorosas, nosotros habíamos de producir virtudes; verbigracia, la rosa nos enseña la caridad, la azucena la pureza la violeta la humildad, y así las demás. Hemos de ser como dice el Apóstol, *bonus odor sumus Christi Dei in omni loco*. Al ver algún árbol con fruta, les hablaba cómo nosotros hemos de dar fruto de buenas obras, o, sino, seríamos como aquellas dos higueras de que nos habla

el Evangelio. Al pasar cerca de un río les hablaba cómo el agua nos enseña a pensar que andamos a la eternidad. Al oír el canto de los pájaros, una música, etc., les hablaba del cántico eterno y nuevo del cielo; y así de lo demás. Con estas conversaciones familiares había observado que se hacía muchísimo bien, porque les pasaba lo que a aquellos dos que iban a Emaús; y además se evitan conversaciones inútiles y quizá murmuraciones.

124 También es medio muy poderoso de que me valía para hacer el bien el dar Rosarios y enseñarles el modo de rezarle, el dar medallas y decirles cómo las han de llevar y cómo las -han de besar mañana y noche. También dar escapularios y decirles qué significan y cómo los han de llevar.

125 Igualmente es muy poderoso para excitar la piedad tener facultades para bendecir imágenes, medallas, rosarios y escapularios: Así ellos se los procuran y los traen en el día señalado para la bendición que hacía desde el púlpito. Esto los entusiasma, los enfervoriza y les da un piadoso recuerdo de la misión y de lo que se ha dicho y practicado en ella.

126 También he escrito un librito en que trato del origen del Escapulario azul celeste,

las gracias e indulgencias que se ganan, y muchísimas personas lo han recibido en esta corte de Madrid; y singularmente la Reina, el Rey, el Príncipe y las dos infantas, todas las azafatas y camaristas .

XII

De las virtudes que conocí había de tener para hacer fruto

La primera virtud que procuré: La humildad

127 Hasta aquí he hablado de los medios más comunes de que me valía para hacer fruto. Ahora trataré de las virtudes que he conocido ha de tener un Misionero para hacer fruto.

Cicerón, cuando habla del orador, dice que debe estar instruido en todo arte y ciencia: *In omnibus artibus et disciplina instructus debet esse orator*. Yo digo que el misionero apostólico debe ser un dechado de todas las virtudes. Ha de ser la misma virtud personificada. A imitación de Jesucristo, ha de empezar por hacer y practicar, y después enseñar. *Coepit facere et docere*. Con las obras ha de poder decir lo del Apóstol: *Imitadme a mí, así como*

yo imito a Cristo. Imitadores mei estote, sicut et ego Christi.

128 Para adquirir las virtudes necesarias que había de tener para ser un verdadero Misionero apostólico conocí que había de empezar por la humildad, que consideraba como el fundamento de todas las virtudes. Desde que pasé al Seminario de Vich para estudiar filosofía, empecé el examen particular de esta virtud de la humildad, que bien lo necesitaba, pues que en Barcelona, con los dibujos, máquinas y demás tonterías, se me había llenado la cabeza de vanidad, y cuando oía que me alababan, mi corazón contaminado se complacía en aquellos elogios que me tributaban. ¡Ay Dios mío, perdonadme, que ya me arrepiento de veras! Al recordar mi vanidad, me hace derramar muchas y amargas lágrimas; pero Vos, Dios mío, me humillasteis y así no puedo menos que daros gracias por ello y decir con el profeta: *Bonum mihi quia humiliasti me*. Vos, Señor, me humillasteis, y yo también me humillaba ayudado con vuestro auxilio.

129 En un principio que estaba en Vich pasaba en mí lo que en un taller de cerrajero, que el Director mete la barra de hierro en la fragua y cuando está bien caldeado lo saca y

le pone sobre el yunque y empieza a descargar golpes con el martillo; el ayudante hace lo mismo, y los dos van alternando y como a compás van descargando martillazos y van machacando hasta que toma la forma que se ha propuesto el director. Vos, Señor mío y Maestro mío, pusisteis mi corazón en la fragua de los santos Ejercicios espirituales y frecuencia de Sacramentos, y así, caldeado mi corazón en el fuego del amor a Vos y a María Sma., empezasteis a dar golpes de humillaciones, y yo también daba los míos con el examen particular que hacía de esta virtud, para mí tan necesaria.

130 Con mucha frecuencia repetía aquella petición de San Agustín: *Noverim te, noverim me*, y aquella otra de San Francisco de Asís: *¿Quién sois Vos? ¿Quién soy yo?*. Y como si el Señor me dijese: *Yo soy el que soy* y tú eres el que no eres; tú eres nada y menos que nada, pues que la nada no ha pecado, y tú sí.

131 Conocí clarísimamente que de mí nada tengo sino el pecado. Si algo soy, si algo tengo, todo lo he recibido de Dios. El ser físico no es mío es de Dios; El es mi Criador, es mi Conservador, es mi motor por el concurso físico. A la manera que un molino, que por más

bien que esté montado, si no tiene agua, no puede andar, así he conocido que soy yo en el ser físico y natural.

132 Lo mismo digo, y mucho más, en lo espiritual y sobrenatural. Conozco que no puedo invocar el nombre de Jesús ni tener un solo pensamiento bueno sin el auxilio de Dios, que sin Dios nada absolutamente puedo. ¡Ay cuántas distracciones tengo a pesar mío!

133 Conozco que en el orden de la gracia soy como un hombre que se puede echar en un profundo pozo, pero que por sí solo no puede salir. Así soy yo. Puedo pecar, pero no puedo salir del pecado sino por los auxilios de Dios y méritos de Jesucristo. Puedo condenarme, pero no puedo salvarme sino por la bondad y misericordia de Dios.

134 Conocí que en esto consiste la virtud de la humildad, esto es, en conocer que soy nada, que nada puedo sino pecar, que estoy pendiente de Dios en todo: ser, conservación, movimiento, gracia; y estoy contentísimo de esta dependencia de Dios, y prefiero estar en Dios que en mí mismo. No me suceda lo que a Luzbel, que conoció muy bien que todo su ser natural y sobrenatural estaba totalmente dependiente de Dios, y fue soberbio,

porque como el conocimiento era meramente especulativo, la voluntad estaba descontenta, y deseó llegar a la semejanza de Dios no por gracia, sino de su propia virtud.

135 Ya desde un principio conocí que el conocimiento es práctico cuando siento que de nada me he de gloriarse ni envanecer, porque de mí nada soy, nada tengo, nada valgo, nada puedo ni nada hago. Soy como la sierra en manos del aserrador.

136 Comprendí que de ningún desprecio me he de sentir, porque, siendo nada, nada merezco, y, puesto en ejercicio, lo ejecuto, pues ninguna prenda ni honra basta para engreírme, ni vituperio o deshonor para contristarme.

137 Yo conocía que el verdadero humilde debe ser como la piedra, que, aunque se vea levantada a lo más alto del edificio, siempre gravita hacia abajo. He leído muchos autores ascéticos que tratan de esta virtud de la humildad a fin de entender bien en qué consiste y los medios que señalan para conseguirla. Leía las vidas de los Santos que más se han distinguido en esta virtud para ver como la practicaban, pues yo deseaba alcanzarla.

138 Al efecto, me propuse el examen particular, escribí los propósitos sobre el particu-

lar y los ordené tal cual se hallan en aquel opúsculo o librito llamado *La Paloma*. Todos los días lo hice por el mediodía y por la noche y lo continué por quince años, y aún no soy humilde. A lo mejor observaba en mí algún retoño de vanidad, y al instante tenía que acudir a cortarlo ya sintiendo alguna complacencia cuando alguna cosa me salía bien, ya diciendo alguna palabra vana, que después tenía que llorar, arrepentirme y confesarme de ella, haciendo de ella penitencia.

139 Muy claramente conocía que Dios N.S. me quería humilde y me ayudaba mucho para ello, pues me daba motivos de humillarme. En aquellos primeros años de misiones me veía muy perseguido por todas partes en común, y esto, a la verdad, es muy humillante. Me levantaban las más feas calumnias, decían que había robado un burro, qué se yo qué farsas contaban. Al empezar la misión o función en las poblaciones, hasta la mitad de los días eran farsas, mentiras, calumnias de toda especie lo que decían de mí, por manera que me daba mucho que sentir y que ofrecer a Dios, y al propio tiempo materia para ejercitar la humildad, la paciencia, la mansedumbre, la caridad y demás virtudes.

140 Esto duraba hasta media misión, y en todas las poblaciones pasaba lo mismo, pero de media misión hasta concluir cambiaba completamente. Entonces el diablo se valía del medio opuesto. Todos decían que era un santo, a fin de hacerme engreír y envanecer; pero Dios N. S. tenía buen cuidado de mí, y así en aquellos últimos días de la misión, en que acudía tanta gente a los sermones, a confesarse, a la comunión y a todo lo demás; en aquellos últimos días, en que se veía el fruto copiosísimo que se había reportado y se oían los elogios que de mí hacían todos, buenos y malos; en aquellos días, pues, el Señor me permitía una tristeza tan grande, que yo no puedo explicar sino diciendo que era la especial providencia de Dios, que me la permitía como un lastre, a fin de que el viento de la vanidad no me diera un vuelco.

141 ¡Bendito seáis!, ¡Dios mío que tanto cuidado habéis tenido de mí! ¡Ay cuántas veces habría perdido el fruto de mis trabajos si Vos no me hubieseis guardado! Yo, Señor, habría hecho como la gallina, que, después que ha puesto el huevo, cacarea, y van y se lo quitan y se queda sin él, y, aunque en un año ponga muchos, no tiene ninguno, porque ha caca-

reado y se los han llevado. ¡Ay, Dios mío! Si Vos no me hubieseis impuesto silencio, con las ganas que a veces sentía de hablar de los sermones, etc., habría cacareado como la gallina, y habría perdido todo el fruto y habría merecido castigo, porque Vos habéis dicho, Señor: *Gloram meam alteri non dabo*: y yo con el hablar la habría dado al demonio de la vanidad, y Vos me habríais castigado, y con justicia, Señor, por no haberlo referido a Vos, sino al diablo, vuestro capital enemigo. Con todo, Vos sabéis si alguna vez el diablo ha pellizcado algo, no obstante los poderosísimos auxilios que me dabais. ¡Misericordia, Señor!

142 A fin de no dejarme llevar de la vanidad, procuraba tener presentes los doce grados de la virtud de la humildad que dice San Benito y sigue y prueba Santo Tomás (2-2 q. 161 a. 1), y son los siguientes: El primero es manifestar humildad en lo interior y en lo exterior, que es en el corazón y en el cuerpo, llevando los ojos, sobre la tierra; por esto se llama *humi-litas*. El segundo es hablar pocas palabras, y éstas conforme a la razón y en voz baja. El tercero es no tener facilidad ni prontitud para la risa. El cuarto es callar hasta ser preguntado. El quinto es no apartarse en sus

obras regulares de lo que hacen los demás. El sexto es tenerse y reputarse por el más vil de todos y sinceramente decirlo así. El séptimo es considerarse indigno e inútil para todo. El octavo es conocer sus propios defectos y confesarlos igenuamente. El noveno es tener pronta obediencia en las cosas duras y mucha paciencia en las ásperas. El décimo es el obedecer y sujetarse a los Superiores. El undécimo es el no hacer cosa alguna por su propia voluntad. El duodécimo es el temer a Dios y tener siempre en la memoria su santa Ley.

143 Además de la doctrina que hay en estos doce grados, procuraba imitar a Jesús, que a mí y a todos nos dice: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas.* Y así contemplaba continuamente a Jesús en el pesebre, en el taller, en el Calvario. Meditaba sus palabras, sus sermones, sus acciones, su manera de comer, vestir y andar de una a otra población... Con este ejemplo me animaba y siempre me decía: *¿Cómo se portaba Jesús en casos como éste?* Y procuraba imitarle, y así lo hacía con mucho gusto y alegría, pensando que imitaba a mi Padre, a mi Maestro y a mí Señor y que con esto le daba gusto.

¡Oh Dios mío, qué buen sois! Estas inspiraciones santas me dabais para que os imitara y fuera humilde. ¡Bendito seáis, Dios mío! ¡Oh si a otro le hubierais dado las gracias y auxilios que a mí, que otro sería de lo que soy yo!

XIII

La segunda virtud que procuré: la pobreza

144 Al ver que Dios N. S. sin ningún mérito mío, sino y únicamente por su beneplácito, me llamaba para hacer frente al torrente de corrupción y me escogía para curar de sus dolencias al cuerpo medio muerto y corrompido de la sociedad, pensé que me debía dedicar a estudiar y conocer bien las enfermedades de este cuerpo social. En efecto, lo hice, y hallé que todo lo que hay en el mundo es amor a las riquezas, amor a los honores y amor a los goces sensuales. Siempre el género humano ha tenido inclinación a esa triple concupiscencia; pero en el día, la sed de bienes materiales está secando el corazón y las entrañas de las sociedades modernas.

145 Veo que nos hallamos en un siglo en que no sólo se adora el becerro de oro, como

hicieron los hebreos, sino que se da culto tan extremado al oro, que se ha derribado de sus sagrados pedestales a las virtudes más generosas. He visto ser ésta una época en que el egoísmo ha hecho olvidar los deberes más sagrados que el hombre tiene con sus prójimos y hermanos, ya que todos somos imágenes de Dios, hijos de Dios, redimidos con la sangre de Jesucristo y destinados para el cielo.

146 Consideré que para hacer frente a este gigante formidable que los mundanos le llaman omnipotente, debía hacerle frente con la santa virtud de la pobreza, y así como lo conocí, lo puse por obra. *Nada tenía, nada quería y todo lo rehusaba.* Con el vestido que llevaba y la comida que me daban estaba contento. Con un pañuelo lo llevaba todo. Mi equipaje consistía en un breviario de todo el año, un vademécum en que llevaba los sermones, un par de medias y una camisa para mudarme. Nada más.

147 Dinero nunca llevaba, ni quería. Un día tuve una alarma. Me metí la mano en el zurrón del chaleco y me creí hallar una moneda. Me espanté, la saqué, la miré, y con grande consuelo vi que no era moneda, sino una medalla que mucho tiempo antes me habían

dado. Volví de la muerte a la vida. Tan grande era el horror que tenía al dinero.

148 No tenía dinero, pero tampoco lo necesitaba. No lo necesitaba para caballería, diligencia ni ferrocarril, porque siempre andaba a pie, siendo así que tenía que hacer unas viajatas muy largas, como diré en otro lugar. No lo necesitaba para comer, porque lo pedía de limosna a donde llegaba. No lo necesitaba tampoco para el vestido, porque Dios N. S. me conservaba la ropa y el calzado casi como a los hebreos en el desierto. Conocía claramente que era la voluntad de Dios que no tuviera dinero ni aceptara cosa alguna, sino la precisa comida para aquel momento, sin recibir jamás provisión alguna para llevar de una a otra parte.

149 Este desprendimiento conocí que les causaba a todos grande impresión, y, por lo mismo, me esforzaba yo a sostener el punto que había tomado. Para animarme recordaba la doctrina de Jesucristo, que meditaba continuamente; singularmente aquellas palabras que dicen: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos – Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, dalo a los pobres y sigueme. – Nadie puede ser discípulo de Jesús sin que renuncie a todas las cosas.*

150 Me acordaba siempre que Jesús se había hecho pobre, que quiso nacer pobre, vivir pobremente y morir en la mayor pobreza. También me acordaba de María Santísima, que siempre quiso ser pobre. Y tenía presente además que los apóstoles lo dejaron todo para seguir a Jesucristo. Algunas veces, el Señor me hacía sentir los efectos de la pobreza, pero era por poco tiempo. Luego me consolaba con lo que necesitaba; y era tanta la alegría que sentía con la pobreza, que no gozan tanto los ricos con todas sus riquezas como gozaba yo con mi amadísima pobreza.

151 He observado una cosa que no puedo menos de consignarla aquí: Cuando uno es pobre y lo quiere ser y lo es de buena voluntad y no por fuerza, entonces gusta la dulzura de la virtud de la pobreza y, además, Dios la remedia de una de estas dos maneras: o moviendo el corazón de los que tienen para que den a uno, o bien haciendo vivir sin comer. Yo he experimentado todos estos modos.

152 Sólo citaré algunos casos que pasaron por mí mismo. Una vez iba de Vich a Campdevánol para dar ejercicios espirituales a unos Sacerdotes que con el S[eñor] Canónigo Soler se habían recogido en aquel Curato.

Era a los últimos del mes de julio, que hacía mucho calor. Yo tenía hambre y sed, y, al pasar por frente del Mesón de San Quirico de Besora, la dueña del Mesón me llamó para que comiera y bebiera. Yo le contesté que no tenía ni un cuarto para pagar lo que gastase. Ella me contestó que comiese y bebiese cuanto necesitase, que de muy buena gana me lo daba; y yo acepté.

153 Una vez iba de Igualada a Barcelona, y a las doce del día pasaba por frente del Mesón de Molins de Rey, y un pobre se apiadó de mí, me hizo entrar en el Mesón y pagó para mí un plató de alubias que le costaron cuatro cuartos, con que comí muy bien y llegué perfectamente a Barcelona en aquella misma tarde.

154 Otra vez venía de hacer misión del pueblo de Bagá, pasé por la Badella, Montaña de Santa María Espinalbet, Plad'en Llonch, hasta San Lorenzo dels Piteus, sin comer nada en todo el día, caminando siempre por caminos los más escabrosos, pasando ríos y arroyos. bastante caudalosos, que, a la verdad, el vadear era lo que se me hacía más sensible, sí, más lo sentía que el no tener que comer, aunque en esto el Señor también me favorecía.

155 En cierta ocasión en que tenía que pasar el río Besós, que llevaba bastante agua, ya me iba a quitar el calzado, cuando se me acercó un niño desconocido y me dijo: *No se descalce usted, que yo lo pasaré. —¿Tú a mí me pasarás? Eres muy pequeño; ni siquiera me podrás tener en hombros, cuánto menos pasarme el río. — Ya verá usted,* me contestó, *cómo yo le paso.* — En efecto, me pasó perfectamente sin mojarme.

156 En un arroyo que hay a la otra parte de Manresa lo hallé que las aguas lo habían subido tanto, que los pasos estaban todos cubiertos de agua, y, a fin de no descalzarme, me resolví saltar por los pasos, dando un fuerte golpe con la planta encima de la piedra de cada paso. Con el golpe que daba, el agua se apartaba, y así, saltando de un paso a otro, pasé sin mojarme.

157 Había observado que la santa virtud de la pobreza no sólo servía para edificar a las gentes y derrocar el ídolo de oro, sino que además me ayudaba muchísimo para crecer en humildad y para adelantar en la perfección. Además de la experiencia, me corroboraba con esta comparación: que las virtudes son como las cuerdas de una arpa o instrumento de cuer-

da: que la pobreza era la cuerda corta y delgada, que cuanto más corta es, da el sonido más agudo. Y así, cuanto más cortas son las conveniencias de la vida, tanto es más subido el punto de perfección a que sube. Así vemos que Jesucristo estuvo sin probar bocado cuarenta días con sus noches; y con los apóstoles comía pan de cebada, y aun a veces les faltaba. Tan cortos andaban, que los Apóstoles cogían espigas y las frotaban entre sus manos, y con aquellos granos mataban el hambre que les molestaba, que por haber sucedido esto en día de fiesta fueron reprendidos de los fariseos.

158 Además, esta falta de recursos abate el orgullo, destierra la soberbia, abre paso a la santa humildad, dispone el corazón para recibir nuevas gracias y hace subir de un modo admirable a la perfección, a la manera que los flúidos, que cuanto son más ligeros y sutiles, más suben, al paso que los crasos son más rastroeros. ¡Oh Salvador mío! ¡Haced, os suplico, que vuestros ministros conozcan el valor de la virtud de la pobreza, que la amen y la practiquen como Vos nos habéis enseñado con obras y palabras! ¡Oh que perfectos seríamos todos si todos la practicásemos bien! ¡Qué fruto tan grande haríamos! ¡Qué almas se salvarían!

Cuando, al contrario, no practicando la pobreza, la gente no se salva y ellos se condenan por la codicia, como Judas.

XIV

La tercera virtud: la mansedumbre

159 Conocí que la virtud que más necesita un misionero apostólico, después de la humildad y pobreza, es la mansedumbre. Por esto, Jesucristo decía a sus amados discípulos: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y así hallaréis descanso para vuestras almas.* La humildad es como la raíz del árbol, y la mansedumbre es el fruto. Con la humildad, dice San Bernardo, se agrada a Dios, y con la mansedumbre, al prójimo. En el sermón que Jesucristo hizo en el monte dijo: *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.* No sólo la tierra de promisión y la tierra de los vivientes que es el Cielo, sino también los corazones terrenos de los hombres.

160 No hay virtud que los atraiga tanto como la mansedumbre. Pasa lo mismo que en un estanque de peces; que, si se les tira pan, todos vienen a la orilla, sin miedo ninguno se

acercan a los pies; pero, si en lugar de pan se les tira una piedra, todos huyen y se esconden. Así son los hombres. Si se les trata con mansedumbre, todos se presentan, todos vienen y asisten a los sermones y al confesonario; pero, si se les trata con aspereza, se incomodan, no asisten y se quedan allá murmurando del ministro del Señor.

161 La mansedumbre es una señal de vocación al ministerio de misionero apostólico. Cuando Dios envió a Moisés, le concedió la gracia y la virtud de la mansedumbre. Jesucristo era la misma mansedumbre, que por esta virtud se le llama Cordero: *será tan manso, decían los profetas, que la caña cascada no acabará de romper, ni la mecha apagada acabará de extinguir*; será perseguido, calumniado y saciado de oprobios, y como si no *tuviera lengua, nada dirá*. ¡Qué paciencia! ¡Qué mansedumbre! Sí, trabajando, sufriendo, callando y muriendo en la Cruz, nos redimió y enseñó cómo nosotros lo hemos de hacer para salvar las almas que él mismo nos ha encargado.

162 Los Apóstoles, adoctrinados por el divino Maestro, todos tenían la virtud de la mansedumbre, la practicaban y enseñaban a los demás, singularmente a los Sacerdotes. Así es que

Santiago decía: *¿Hay entre vosotros alguno tenido por sabio y bien amaestrado para instruir a otros? Muestre por el buen porte su proceder y una sabiduría llena de dulzura. Mas, si tenéis un celo amargo y el espíritu de discordia en vuestros corazones, no hay para qué gloriaros y levantar mentiras contra la verdad, que esa sabiduría no es la que descende de arriba, sino más bien una sabiduría terrenal, animal y diabólica* (Jac c.3,13-15).

163 Yo quedé espantado la primera vez que leí estas palabras del santo Apóstol al ver que la ciencia sin dulzura, sin mansedumbre, la llama diabólica. ¡Jesús, *diabólica!*...Sí, *diabólica* es, y me consta además por la experiencia que el celo amargo es arma de que se vale el diablo, y el Sacerdote que trabaja sin mansedumbre sirve al diablo y no a Jesucristo. Si predica, ahuyenta a los oyentes, y si confiesa, ahuyenta a los penitentes, y si se confiesan, lo hacen mal, porque se aturden y se callan los pecados por temor. Muchísimas confesiones generales he oído de penitentes que se habían callado los pecados porque los confesores les habían reprendido ásperamente.

164 En cierta ocasión hacía el Mes de María. Concurrían muchísimos a los sermo-

nes y a confesarse. En la misma capilla en que yo confesaba, confesaba también un sacerdote muy sabio y muy celoso. Había sido Misionero, pero por su edad y achaques se había vuelto tan iracundo y de tan mal genio, que no hacía más que regañar. Así es que los penitentes quedaban tan cortados y confundidos, que se quedaban los pecados sin decir, y, por lo tanto, hacían mala confesión. Y quedaban tan desconsolados, que para tranquilizarse se venían a confesar conmigo.

165 Como no pocas veces el mal genio y la ira o falta de mansedumbre se encubre con la máscara de celo, estudié muy detenidamente en qué consistía una y otra cosa, a fin de no padecer equivocación en una cosa en que va tanto. Y he hallado que el oficio del celo es aborrecer, huir, estorbar, detestar, desechar, combatir, y abatir, si es posible, todo lo que es contrario a Dios, a su voluntad y gloria y a la santificación de su santo nombre, según David, que decía: *Iniquitatem odió habui et abominatus sum; legem autem tuam dilexi* (Ps 118).

166 He observado que el celo verdadero nos hace ardientemente celosos de la pureza de las almas, que son esposas de Jesucristo, según dice el Apóstol a los de Corinto: *Yo soy amante*

celoso de vosotros y celoso en nombre de Dios, pues que os tengo desposados con este único esposo que es Cristo para presentaros a él como una pura y casta virgen.

Por cierto que Eliecer se hubiera picado de celos, si hubiera visto a la casta y bella Rebeca, que llevaba para esposa del hijo de su Señor, en algún peligro de ser violada, y, sin duda, hubiera podido decir a esta santa doncella: Celador soy vuestro de los celos que tengo por mi Señor, porque os he desposado con un hombre para presentaros una virgen casta al hijo de mi amo Abraham. Con esta comparación se entenderá mejor el celo del Apóstol y de los varones apostólicos.

Decía el mismo en otra carta: *Yo muero todos los días por vuestra gloria. ¿Quién está enfermo que no lo esté yo también? ¿Quién está escandalizado que yo no me abraze?*

167 Los Santos Padres, para dilucidar más esta materia, se valen de la comparación de la gallina y dicen: ¡Mirad qué amor, qué cuidado y qué celos tiene una gallina por sus polluelos! La gallina es un animal tímido, cobarde, espantadizo mientras no cría; pero cuando es madre tiene un corazón de león, trae siempre la cabeza levantada, los ojos

atentos, mirando a todas partes, por pequeña apariencia de peligro que se le presente para sus polluelos. No se pone enemigo delante de ella que no acometa para defenderlos, vi-
viendo en un perpetuo cuidado que la hace continuamente vocear y es tan grande la fuer-
za del amor que tiene a sus hijos, que anda siempre enferma y descolorida. ¡Oh qué lec-
ción tan interesante de celo me dais, Señor, por medio de la gallina!

168 Yo he comprendido que el celo es un ardor y vehemencia de amor que necesi-
ta ser sabiamente gobernado. De otra mane-
ra violaría los términos de la modestia y dis-
creción; no porque el Amor divino, por ve-
hemente que sea, pueda ser excesivo en sí
mismo ni en los movimientos o inclinacio-
nes que da a los espíritus, sino porque el en-
tendimiento no escoge los medios más a pro-
pósito o los ordena mal, tomando caminos
muy ásperos y violentos, y, conmovida la
cólera, no pudiéndose contener en los lími-
tes de la razón, empeña el corazón en algún
desorden, de modo que el celo por este me-
dio se ejecuta indiscreta y desarregla-
damente, con que viene a ser malo y repre-
sible.

169 Cuando David envió a Joab con su ejército contra su desleal y rebelde hijo Absalón, le encargó que no le tocara; pero Joab, estando en la batalla, como una furia por el deseo de la victoria, mató con su propia mano al pobre Absalón. Dios manda al Misionero que haga guerra a los vicios, culpas y pecados; pero le encarga con el mayor encarecimiento que le perdone al pecador, que lo presente vivo a ese hijo rebelde para que se convierta, viva en gracia y alcance la eterna gloria.

170 ¡Oh Dios mío!, dadme un celo discreto, prudente, a fin de que obre en todas las cosas *fortiter et suaviter*, con fortaleza, pero al propio tiempo suavemente, con mansedumbre y con buen modo. En todo espero portarme con una santa prudencia, y al efecto me acordaré que la prudencia es una virtud que nace en el hombre con la razón natural, la instrucción la cultiva, la edad la fortifica, el trato y comunicación con los sabios la aclara y se consuma con la experiencia de los acontecimientos.

XV

La cuarta Virtud: la modestia

171 El Misionero, me decía yo, es el espectáculo de Dios, de los ángeles y de los hombres, y, por lo mismo, debe ser muy circunspecto y remirado en todas sus palabras, obras y maneras. Así es que resolví, tanto en casa como fuera de ella, hablar muy poco y pesar bien las palabras que decía, porque todo lo toman a veces en diferente sentido de lo que uno lo dice.

172 Propuse, cuando hablase, no hacer acciones o gestos con las manos, que en algunos lugares llaman manotear y lo ridiculizan. Así, me propuse, cuando tuviese que hablar, hablar poco, breve y de un modo quieto y grave, sin entretenerme en tocar la cara, barba, cabeza, y mucho menos las narices, ni hacer gestos con la boca, ni decir cosas de burla o de desprecio, ni ridiculizando, pues conocí que en estas cosas pierde mucho de su autoridad, respeto y veneración el misionero que por su ligereza y poca mortificación y menos modestia incurre en semejantes groserías, que arguyen poca virtud y manifiestan la poca o ninguna educación.

173 También conocí que el misionero debía tener paz con todos, como dice el Apóstol San Pablo. Así, nunca reñí con nadie, procuraba ser benigno con todos, no ser juguetón con nadie, ni me gustaba decir chocarrerías, ni remedos; ni me gustaba reír, aunque siempre manifestaba alegría, dulzura y benignidad, pues me acordaba que a Jesús jamás le vieron reír y sí llorar algunas veces. Y también me acordaba de aquellas palabras: *Stultus in risu exaltat vocem suam; vir autem sapiens vix tacite ridebit.*

174 La modestia, como se sabe, es aquella virtud que nos enseña a hacer todas las cosas del modo debido. Como cabalmente todas las debemos hacer como las hizo Jesucristo, así en cada cosa me preguntaba y me pregunto cómo lo hacía esto mismo Jesucristo, con qué cuidado, con qué pureza y rectitud de intención. ¡Cómo predicaba! ¡Cómo conversaba! ¡Cómo comía! ¡Cómo descansaba! ¡Cómo trataba con toda clase de personas! ¡Cómo oraba! Y así en todo, por manera que, con la ayuda del Señor, me proponía imitar del todo a Jesucristo, a fin de poder decir, si no de palabra, de obra, como el Apóstol: *Imitadme a mí, así como yo imito a Cristo.*

175 Conocí, Dios mío, cuánto importa para hacer fruto que el misionero sea del todo no sólo irrepreensible, sino a todas luces virtuoso, pues que las gentes más caso hacen de lo que ven en el misionero que de lo que de él oyen. Por esto, de Jesús, modelo de misioneros, se dice: *Coepit facere et docere*, primero hacer y después enseñar.

176 ¡Vos sabéis, Dios mío, no obstante mis propósitos y resoluciones, las veces que habré faltado contra la (¿?) de la modestia! ¡Vos sabéis si algunos se habrán escandalizado por la inobservancia de esta virtud!

Perdonadme, Dios mío. Ya os doy palabra que, poniendo por obra las palabras del Apóstol procuraré que mi modestia sea notoria a todos los hombres; y mi modestia será la de Jesucristo, como tanto exhorta el mismo Apóstol. Os doy palabra, Jesús mío, que imitaré también al humilde San Francisco de Asís, que con la modestia predicaba. Él, con su buen ejemplo, convertía a las gentes. ¡Oh Jesús de mi corazón, yo os amo y quisiera atraer a todos a vuestro santísimo amor!

XVI

La quinta virtud: la mortificación

177 Conocí que no podía ser modesto sin la virtud de la mortificación, y así la procuré con todo empeño, ayudado de la gracia de Dios, adquirirla cueste lo que costare.

178 Así, en primer lugar, procuré privarme de todo gusto para dárselo a Dios. Sin saber cómo, me sentí como obligado a cumplir lo que sólo era un propósito. Poníanse delante del entendimiento las dos porciones, la que mira a mi gusto y la que mira a Dios. Y como el entendimiento veía esta incomprendible desigualdad aunque fuese en cosa pequeña, me obligaba a seguir lo que entendía era del agrado de Dios, y yo con mucho placer me abstenía de aquel gusto para dar gusto a Dios. Y esto me sucede y pasa aún ahora en todas las cosas: en la comida, bebida, descanso, en el hablar, mirar, oír, ir a alguna parte, etc...

179 Para la práctica de la mortificación me ha servido mucho la gracia de Dios, la necesidad que he conocido que tenía de ella para hacer fruto en las almas y para tener bien la oración.

180 Me han animado sobremanera los ejemplos de Jesús y de María y de los Santos, cuyas vidas he estudiado con mucha detención sobre este particular, y para mi régimen he sacado mis apuntes, como de San Bernardo, de San Pedro de Alcántara. Y de San Felipe Neri he leído que, *después de haber confesado por espacio de treinta años a una Señora célebre en Roma por su rara hermosura, aún no la conocía de vista.*

181 Yo puedo asegurar aún en el día, que, de las muchas mujeres que se confiesan conmigo, más las conozco por la voz que por la fisonomía, porque nunca jamás miro la cara de mujer alguna: me ruborizo y avergüenzo. No es que me causen tentaciones. No las siento, gracias a *Dios*. *Es* un cierto rubor que yo mismo no me sé explicar. De aquí es que, naturalmente y casi sin saber cómo, observo aquel documento tan repetido por los Santos Padres que dice: *Sermo rigidus et brevis cum muliere est habendus et oculos humi defectos habe*, puesto que no sé sostener una conversación con una mujer por buena que ella sea. Con graves y pocas palabras; le digo lo que conviene, y al instante la despacho sin mirar si es pobre, ni rica, ni hermosa, ni fea.

182 Cuando misionaba por Cataluña me hospedaba en los curatos, y en el curato permanecía durante la misión, y no me acuerdo haber mirado jamás la cara, de mujer alguna que estuviese por ama, criada o parienta del Cura. Así es que alguna vez me sucedía que después de algun tiempo me hallaba en Vich o en alguna otra población y alguna me decía: *Mosén Claret, ¿que no me conoce? Yo soy la criada o el ama de tal curato en que usted estuvo tantos días haciendo la misión.* Pero yo no la conocía, no la miraba, y con la vista en el suelo le preguntaba: *Y el Señor Cura, ¿está bueno?*

183 Y lo que es más que, sin una gracia especialísima, conozco que no es posible, y, sin embargo, fue así. En el tiempo que permanecí en la Isla de Cuba, que fueron seis años y dos meses, confirmé más de trescientas mil personas, más mujeres que hombres y más jóvenes que viejas. Y si me preguntaran qué tipo o fisonomía tienen las mujeres de aquella isla, diría que no sé, no obstante de haber confirmado a tantas, pues que para ver en dónde tenían la frente miraba rapidísimamente y luego cerraba los ojos, y con los ojos cerrados las confirmaba.

184 Además de este rubor natural que experimento a la presencia de las mujeres, que me impide mirarlas, hay otra razón, y es el deseo que tengo de hacer fruto en las almas. Me acuerdo haber leído hace años que un predicador muy famoso fue a predicar e hizo grande fruto en aquella población. Después la gente decía: *¡Oh qué santo!*, y un hombre malo contestó: Podrá ser santo, pero yo lo que diré es *que bien les gustan las mujeres, pues las miraba*. Y bastó esta expresión para neutralizar todo el buen prestigio que aquel buen predicador se había merecido en aquella población y desvanecer todo el fruto que en ella había producido su predicación.

185 Igualmente, he observado que se forma muy mal concepto de un sacerdote que no tenga la vista mortificada.: De Jesucristo he leído que siempre traía la vista muy mortificada y modesta, y las veces que la levantó lo notaron cómo cosa extraordinaria los evangelistas.

186 El *oído* procuraba siempre mortificar, y así no gustaba de oír conversaciones superfluas, palabras ociosas. Conversaciones contra la caridad no las podía sufrir ni tolerar: me quitaba o mudaba de conversación o ponía

mala cara. Tampoco gustaba oír conversaciones de comidas, bebidas, de riquezas ni de cosas del mundo, ni tampoco de noticias políticas, y, por lo mismo, no me gustaba leer periódicos, y decía *que prefería leer un capítulo de la Santa Biblia, en que sé que leo la verdad, y que en los periódicos, por lo común, hay muchas mentiras y cosas superfluas.*

187 El *habla* también procuraba mortificar continuamente. Y así, de lo que he dicho que no me gustaba escuchar, tampoco me era agradable el hablar. Tenía propósito de no hablar jamás después de la plática o sermón de lo que había platicado, pues así como a mí me disgustaba que los otros hablasen de lo que habían perorado, pensé que también disgustaría a los demás si hablase de aquellas cosas. Así es que había tomado la resolución de nunca hablar, hacerlo lo mejor que pudiese y encomendarlo a Dios. Si alguno me avisaba, lo tomaba con mucha gratitud, sin excusarme y sin dar la razón, sino enmendarme lo posible.

188 Había observado que algunos hacen como las gallinas, que, después que han puesto el huevo, cacarean y les quitan el huevo. Así he observado que sucede a algunos sacerdotes poco avisados: que luego que han hecho

una obra buena, que han oído confesiones, que han hecho pláticas y sermones, van en busca y a caza de moscas de vanidad, hablan con satisfacción de lo que han dicho y cómo lo han dicho. Y así como a mí me disgusta al oír hablar de esto, pienso que también disgustaría a los otros si hablase de aquellas mismas cosas. Y así había hecho propósito de nunca jamás hablar de estas cosas.

189 Lo que altamente me repugnaba era el que hablasen de cosas oídas en confesión, ya por el peligro que había de faltar al sigilo sacramental, ya también por el mal efecto que causa a las demás gentes el que oigan hablar de estas cosas. Así tenía propósito hecho de nunca hablar de cosas ni de personas que se confiesan, si ha poco o mucho tiempo que no se habían confesado, si hacen o no hacen confesión general; en una palabra, me repugnaba al oír que los sacerdotes hablasen de las personas que se confesaban, de lo que se confesaban y del tiempo que no se habían confesado. Y aun para consultar no podía sufrir que alguno me dijese: *Me hallo en este caso: ¿qué haré?* Les decía que siempre propusiesen el caso en tercera persona, v.gr.: supongamos que un confesor se hallase con un caso de esta y

esta naturaleza: ¿qué resolución debería tomar?

190 Una de las cosas en que el Señor me dio a conocer que convenía se mortificase el misionero era en la *comida y bebida*. Los Italianos dicen: A los Santos que comen *no* se les da crédito. Las gentes se creen que los Misioneros son hombres más celestiales que terrenos; que a lo menos somos como las imágenes de los Santos, que no tienen necesidad de comer ni beber. Dios Nuestro Señor en esto me había hecho una gracia muy especial, de pasar sin comer o comiendo muy poco.

191 Tres eran las razones que tenía para no comer. La primera era porque no podía, no tenía apetencia, mayormente cuando había de predicar mucho o tenía mucha gente que confesar. Otras veces ya tenía algún apetito, pero tampoco comía, singularmente cuando iba de viaje, y entonces me abstenía de comer para no ser gravoso. Y finalmente me abstenía de comer para edificar, porque observaba que todos me notaban. Así es que era muy poco, poquísimo lo que comía, no obstante de tener a veces hambre.

192 Cuando tomaba lo que me presentaban, era poco y lo inferior. Si llegaba a un

Curato en hora intempestiva, les decía que no hiciesen más que unas sopitas y un huevo, y nada más; porque carne nunca tomaba, ni aun ahora jamás la tomo, siendo así que me gusta, pero conozco que es muy edificante esa abstinencia. Lo mismo digo del uso del vino. Sí, me gusta el vino, pero hace años que no lo bebo, sólo las abluciones de la misa. Lo mismo digo del aguardiente y licores, que nunca jamás los bebo, siendo así que me gustan, pues en otro tiempo los había bebido. Esta abstinencia de comida y bebida he conocido que es muy edificante y en el día necesaria para hacer frente a los excesos que por desgracia se hacen en las mesas.

193 Hallándome en Segovia el año de 1859, día 4 de septiembre, a las cuatro y veinticinco de la madrugada, en que me hallaba en la meditación, me dijo Jesucristo: *La mortificación en la comida y bebida has de enseñar a los Misioneros, Antonio*. Y la Santísima Virgen, a los pocos minutos después, me dijo: *Así harás fruto, Antonio*

194 En estos días hice en Segovia misión al Clero, a las Monjas y al pueblo en la Catedral; y un día, hallándonos todos en la mesa, díjose que el señor Obispo anterior, que era

muy celoso, había exhortado a algunos sacerdotes para que salieran a misión, y, en efecto salieron. Y después de haber andado un buen trecho tuvieron apetito y sed, y como llevaban comida y bebida, se detuvieron a merendar. Mientras tanto que estaban merendando llegó la comisión y gente del pueblo a que iban para recibirlos, y el hallarlos comiendo los desprestigió tanto, que bastó aquello para que no hicieran fruto ninguno. Así me lo contaron, ni sé por qué vino el referir aquello; pero para mí fue como una confirmación de lo que me habían dicho Jesús y María.

195 He conocido que esto es edificante en un Misionero y aún ahora me sirve. En Palacio con mucha frecuencia hay convites, y aun antes había muchos más. Yo soy siempre uno de los convidados. Si puedo, me excuso, y, si no puedo excusarme, asisto, pero es el día que como menos. Sólo acostumbro comer una cucharadita de sopa y, finalmente, una pequeña fruta, y nada más; vino tampoco bebo; sólo agua. Por supuesto, todos me miran y todos quedan sumamente edificadas.

196 Antes de hallarme yo en Madrid, según tengo entendido, se cometían algunos desórdenes, y, a la verdad, había motivo para eso

al ver tantos platos y tan ricos, todas comidas exquisitas, tantos vinos y tan generosos: eran todos alicientes para excederse. Pero desde que yo tengo que asistir no he notado la más pequeña destemplanza; al contrario, me parece que se abstienen de tomar lo que necesitan al ver que yo no tomo. Muchas veces, en la mesa misma, los de los lados me hablan de cosas espirituales y me preguntan en qué templo confieso para venir a confesarse.

197 A fin de edificar más y más, me he abstenido siempre de fumar y de tomar polvo y nunca jamás he dicho ni he insinuado que esto me gustaría más que aquello. Esto ya me viene de lejos. Ya el Señor me previno con esta bendición celestial, por manera que mi querida Madre (I. P. R.) se murió, que aún no sabe lo que más me gustaba. Como me quería tanto, para complacerme alguna vez me había preguntado si me gustaría esto o aquello, y yo le contestaba que lo que ella disponía y me daba era lo que a mí me gustaba. Y ella me contestaba: *Ya lo sé, pero siempre hay cosas que gustan más unas que otras.* Y yo le respondía que lo que ella me daba era lo que a mí más me gustaba. Yo, naturalmente, gusto más de unas cosas que de otras, como todos; pero

era tanto el gusto espiritual que sentía en hacer la voluntad ajena, que sobre abundaba al gusto físico particular, y así no faltaba a la verdad en lo que decía.

198 Además de la mortificación de la vista, oído, lengua, gusto y olfato, procuraba hacer algunos actos de mortificación, v. gr.: el lunes, miércoles y viernes tomar en cada uno de estos días una disciplina, y los martes, jueves y sábados, ponerme el cilicio; y, si no se me proporcionaba lugar para la disciplina, tomaba otra cosa equivalente; v. gr.: rezaba con los brazos en cruz o con los dedos debajo de las rodillas.

199 Yo bien sé que los mundanos o los que no tienen el espíritu de Jesucristo desprecian y aun reprenden estas mortificaciones; pero yo me acuerdo de la doctrina que establece San Juan de la Cruz, que dice: Si alguno afirma que se puede ser perfecto sin practicar la mortificación externa, no le deis crédito, y, aunque al efecto hiciere milagros en confirmación de lo que dice, pensad que son ilusiones.

200 Yo veo que San Pablo se mortifica y dice públicamente: *Castigo corpus meum et in servitutem redigo, ne forte cum aliis praedicaverim ipse reprobatus efficiar.* Y todos los santos que ha habido hasta aquí, todos lo

han hecho así. Y el V. Rodríguez dice que la Santísima Virgen dijo a Santa Isabel de Hungría que ninguna gracia espiritual viene al alma, regularmente hablando, sino por medio de la oración y de las aflicciones del cuerpo. Hay un principio que dice: *Da mihi sanguinem et daba tibi spiritum*. ¡Ay de aquellos que son enemigos de los azotes y de la cruz de Cristo!

XVII

De la Continuación de la virtud de la mortificación

201 Conocí que en un solo acto de mortificación se pueden ejercitar muchas virtudes según los diferentes fines que cada uno se propone en cada acto, v. gr.:

1. El que mortifica su cuerpo con el fin de refrenar la concupiscencia, hace un acto de la virtud de la *templaza*.

2. Si lo hace con el fin de ordenar bien la vida, será un acto de la virtud de la *prudencia*.

3. Si lo hace con el fin de satisfacer por las faltas de la vida pasada, será un acto de *justicia*.

4. Si lo hace para vencer las dificultades de la vida espiritual, será un acto de *fortaleza*.

5. Si lo hace con el fin de ofrecer un sacrificio a Dios, privándose de lo que le gusta y practicando lo que le amarga y repugna, será un acto de la virtud de la *religión*.

202 6. Si lo hace con el fin de recibir mayor luz para conocer los divinos atributos, será un acto de *fe*.

7. Si lo hace con el fin de asegurar más su salvación, será un acto de *esperanza*.

8. S. Si lo hace con el fin de ayudar a la conversión de los pecadores y en sufragio de las almas del purgatorio, será un acto de *cari-
dad* para con el prójimo.

9. Si lo hace con el fin de tener más con que socorrer a los pobres, será un acto de la virtud de la *misericordia*.

10. Si lo hace con el fin de agradar más y más a Dios, será un acto de *amor a Dios*.

En cada acto de mortificación podré ejercitar todas estas diez virtudes, según los fines que me propongan.

203 La virtud tanto más mérito tiene, tanto más brilla, tanto más encanta y arrebat, cuanto anda acompañada de mayor sacrificio.

204 El hombre vil, débil, menguado y cobarde nunca hace sacrificio alguno, ni es capaz de hacerle, porque no resiste a ningún an-

tojo o apetito de la concupiscencia. Todo lo que la concupiscencia le pide, si está en su mano conceder o negar, nada niega a su pasión, porque es un cobarde y vil, y se deja vencer y se rinde. A la manera de dos que pelean, que el valiente vence al cobarde, así el vicio y el vicioso, éste queda vencido y aprisionado por el mismo vicio. Por esto, la continencia y castidad es tan alabada, porque el hombre se abstiene de los placeres y deleites que le ofrece la naturaleza o la pasión.

205 De aquí es que será mayor el mérito según el mayor placer de que se abstendrá. Item según la mayor repugnancia que tendrá que vencer. Item según el mayor dolor intenso y extenso que tendrá que tolerar. Item según los respetos humanos que tendrá que vencer. Item según los mayores sacrificios que tendrá que hacer. Haciéndolo y sufriendolo todo por amor a la virtud y por la mayor gloria de Dios.

206 Yo me propuse en lo exterior la modestia y el recogimiento; en lo interior, la continua y ardiente ocupación en Dios; en los trabajos, la paciencia, el silencio y sufrimiento. Además, el cumplimiento exacto de la ley de Dios y de la Iglesia, las obligaciones de mi

estado, como lo manda Dios; hacer bien a todos, huir los pecados, faltas e imperfecciones y practicar las virtudes.

207 En todos los sucesos desagradables; dolorosos y humillantes, siempre pienso que vienen así de Dios ordenados para mayor bien mío, y así procuro al momento que lo advierto, dirigirme a Dios en silencio y con resignación: á su santísima voluntad, porque me acuerdo que el Señor ha dicho que ni un pelo de la cabeza caerá sin voluntad del Padre celestial, que tanto me ama.

208 Yo conozco que trescientos años de fieles servicios a Dios se pagan y de sobra, con una hora que me permita de penas; tan grande es el valor de ellas. ¡Oh Jesús mío y Maestro mío! El atribulado, perseguido y desamparado de amigos; el crucificado de trabajos exteriores y de cruces interiores y desamparado de consuelos espirituales, que calla, sufre y persevera con amor, éste es vuestro amado y el que os agrada y a quien más estimáis.

209 Así es que he propuesto nunca jamás sincerarme, ni excusarme, ni defenderme cuando me censuren, calumnien y persigan, porque perdería delante de Dios y de los hombres, Sí, éstos se valdrían de mis verdades y

razones que yo alegraría, como el de armas contra mí.

210 Creo que todo viene de Dios, y creo que Dios quiere de mí este obsequio: que sufra con paciencia y por su amor las penas del cuerpo, del alma y del honor. Creo que en esto haré lo que es de mayor gloria de Dios: el que calle y sufra como Jesús, que murió en la cruz desamparado de todo.

211 El hacer y el sufrir son las grandes pruebas del amor.

212 Dios se ha hecho hombre. Pero ¿qué hombre? ¿Cómo nace? ¿Cómo vive? ¿Cómo muere! *Ego sum vermis, et non homo, et abjectio plebis*. Jesús es Dios y hombre; pero la Divinidad no ayuda a la humanidad en sus penas y dolores, como el alma del justo, que está en el cielo, no ayuda al cuerpo, que se pudre en la tierra.

213 A los Mártires Dios les ayudaba de un modo muy particular, pero este mismo Dios ha abandonado en sus sufrimientos y penas a Jesús, al Varón de dolores. El cuerpo de Jesús era más delicado que el nuestro, y, por lo mismo, más susceptible de los dolores y penas. Ahora, pues, ¿quién es capaz de formarse una idea de lo que sufrió Jesús? Toda su vida lo

ÍNDICE

I. De los estímulos que me movían a misionar	3
II. De los ejemplos de algunas Santas	12
III. De la misma materia	17
IV. De la misma materia	28
V. De los medios que me valía para hacer fruto	31
VI. De otros medios de que me valía	36
VII. Del Catecismo de los mayores	42
VIII. De los sermones	46
IX. De los Ejercicios de S. Ignacio	52
X. De los libros y hojas sueltas	54
XI. Continuación de la misma materia	62
XII. De las virtudes necesarias para hacer fruto	69
XIII. La segunda virtud que procuré, la pobreza	78
XIV. La tercera virtud, la mansedumbre	85
XV. La cuarta virtud, la modestia	92
XVI. La quinta virtud, la mortificación	95
XVII. Continuación de la misma materia	106

tuvo presente. ¡Cuánto habría de sufrir por nuestro amor! ¡Oh qué pena tan prolongada, tan intensa y extensa!

214 ¡Oh Jesús de mi vida! Conozco, sé y me consta que las penas, dolores y trabajos son la divisa del apostolado. Con vuestra gracia las abrazo, las visto y digo que, ayudándome Vos, Señor y Padre mío, estoy pronto a beber ese cáliz de penas interiores y estoy resuelto a recibir ese bautismo de penas exteriores, y digo: lejos de mí en gloriarme en otra cosa que en la Cruz, en que Vos estáis clavado por mí, y yo también lo quiero estar por Vos. Así sea.